

Sobre las elecciones: /Artigues, Bufano,

Torcuato Di Tella, Godio, Toer

Debate sobre la izquierda: Brocato, Claudín, Libertini, Petkoff

Cultura y política: Aguinis, Marimón, Ortiz, Sarlo, Javier Torre

Gramsci, razón política y modernización: Marramao, Sabrovsky

Ensayo: Otra vez las clases sociales: García

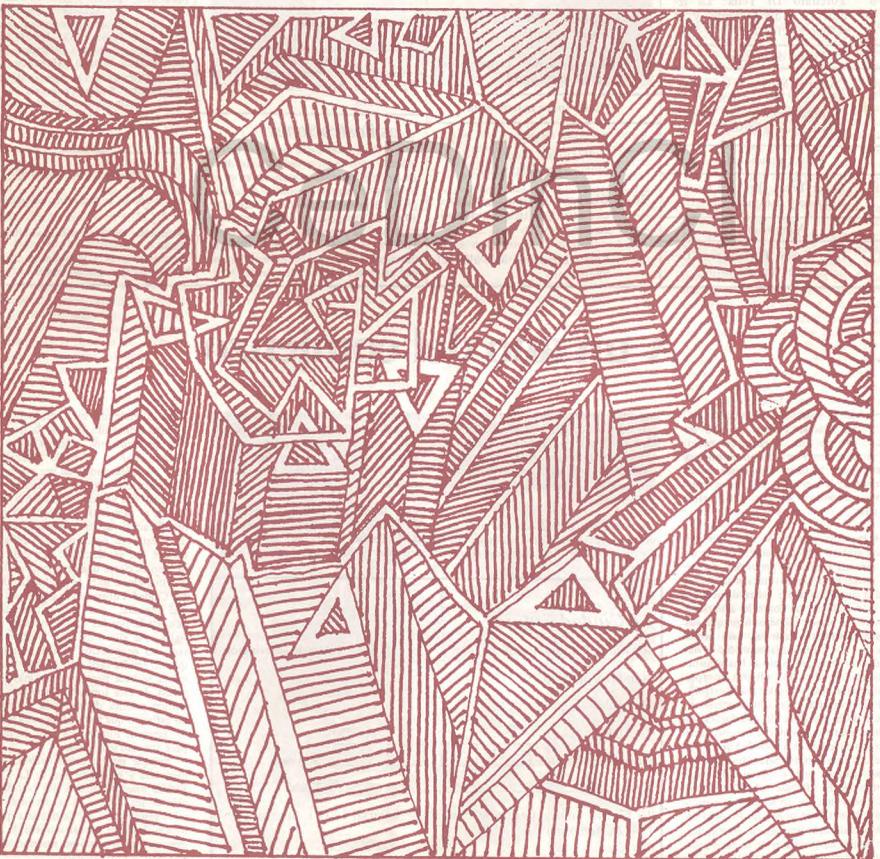
La Ciudad Futura

Revista de Cultura Socialista

Directores: José Aricó, Juan Carlos Portantiero y Jorge Tula

Número 7, octubre de 1987

* 6 -



Después del 6 de septiembre

Memorias, premios y castigos

Sergio Bufano

D ejando de lado las causas que han provocado el brusco giro del electorado cabe preguntarse cuáles serán las consecuencias de esta nueva sorpresa que se produce en la compleja historia argentina. La sociedad parece haber quedado perpleja al descubrir la magnitud de sus propias fuerzas y el severo castigo que puede proporcionar si no está conforme con el gobierno que eligió para el período anterior. Esta perplejidad es aplicable por la falta de práctica en el uso de los mecanismos democráticos, hecho comprensible si se toma en cuenta que desde mucho tiempo, no hubo ninguna elección tan transparente como la del 6 de septiembre (sin estado de sitio, sin provincias intervenidas, sin proscripciones de partidos). La sociedad civil ha tomado conciencia del poder que le otorga su voto y parece dispuesta a ejercerlo sin necesidad de tutelaje alguno. Saludable tránsito hacia una democracia consolidada en donde la búsqueda del bienestar comunitario trasciende la adscripción a siglas partidarias, caudillos y nostalgias.

No obstante, el estupor por el resultado no obedece sólo al descubrimiento de la propia fuerza sino, también, a la memoria colectiva que traen recuerdos no siempre gratos. El primero se remonta a marzo de 1962 cuando Fratini ganó en la provincia de Buenos Aires y el corporativismo militar dispuso que no debería aceptar la voluntad del electorado. El segundo –de diferente signo–, cuando en 1973 el peronismo ganó abrumadoramente y se sumió en una fenomenal lucha por una hegemonía interna que se disipó mediante las armas.

Acerca del primer recuerdo, todo parece indicar que esta democracia –aún dentro de la inestabilidad que la caracteriza–, no sufre la amenaza de su interrupción. Independientemente de la crisis producida por los militares durante este año –y las que sin duda se van a producir en el futuro–, existe una suerte de anticuerpo del sistema democrático, fortalecido durante Semana Santa –en donde también se produjo una toma de conciencias del poder de la sociedad civil–, y durante el 6 de septiembre, donde se demuestra que es la sociedad la que decide quién quiere que la gobierne.

Acerca del segundo recuerdo, conviene establecer cuáles son las diferencias y las semejanzas del actual peronismo con aquél que triunfó en el 73, para poder dibujar el posible comportamiento de esta fuerza política en los próximos años.

Semejanzas

*Si se trata de nombres, Reviglio, Varell, Rousselot, Russo e innumerables dirigentes del sindicalismo estrechamente vinculados a ellos son exponentes de un peronismo agrio que no puede dejar de asociarse con inquietantes siglas: Comando de Organización, Guardia de Hierro, tanto Tres A.

Este resultado –repito–, tiene implicado el riesgo de cercenar el valioso proceso de renovación que se estaba produciendo. Lamentablemente, la sociedad no le otorgó al peronismo el necesario tiempo histórico para culminar el tránsito hacia la modernización. Dicho en otros términos, el justicialismo no alcanzó a convertirse en el partido inequívocamente demócratico que la Argentina necesita, sencillamente por todos –buenos y malos–, han sido premiados. La selección

El electorado ha descubierto su propia fuerza y, a la vez, parece perplejo por el resultado. ¿Qué peronismo ganó las elecciones? ¿Cuáles son las diferencias y semejanzas con el que gobernó en el trágico período 1973-1976?

–la violencia–, que conduzca al objetivo deseado.

Diferencias

*Las derrotas electorales de 1983 y 1985 fracturaron la cordumbre triunfalista. No existe ya la incondicionalidad electoral y con ella comenzó a desaparecer la soberbia que caracterizó al peronismo.

*Ha aparecido una nueva generación de dirigentes –Manzano, Busti, Alvarez, Bordón– que está imponiendo en el peronismo una nueva cultura política desvinculada de las prácticas de la vieja ortodoxia.

*Está desapareciendo la apelación a recursos de la mitología verticalista tales como las "20 verdades", "Evita eterna" o "el líder", el propio Perón como imagen endiosada.

*La sociedad civil ha emitido fuertes mensajes de que no quería el retorno a viejas prácticas y el peronismo ha tomado cuenta de ello.

Todo esto parece indicar que el peronismo que goberñará la mayoría de las provincias y que disputará –con buenas posibilidades–, las elecciones presidenciales de 1989, ha eliminado una gran parte de los vicios que lo caracterizaron en el período 1973-1976. Es considerable el cambio manifestado del discurso y de los hábitos en un sector de ese partido.

No obstante, creo que el voto masivo –es decir, no discriminado–, obtenido por esta fuerza, no contribuye a favorecer esa tendencia sino que –contrariamente–, puede volver a crear antinomias internas aún más superadas.

La pregunta que podría formularse es la siguiente: ¿Qué peronismo ganó? Y la respuesta que surge es inquietante: otra vez todo el peronismo. Parece evidente que en su afán de castigar al partido gobernante, la sociedad no distinguió entre aquellos que pugnan por convertir al justicialismo en un partido democrático y moderno, de los que se afieran obcecadamente a los viejos métodos que esta misma sociedad sepultó en 1983. Para todo aquél que aliente el afianzamiento del sistema democrático y consecuentemente el pluralismo político, el triunfo de hombres como Busti, Bordón y el mismo Cañero, es una magnífica señal. Pero qué luego hacer del acceso al gobierno de Reviglio, Varell, Saadi, y por supuesto ya mencionados Rousselot, Russo y otros tantos?

Este resultado –repito–, tiene implicado el riesgo de cercenar el valioso proceso de renovación que se estaba produciendo. Lamentablemente, la sociedad no le otorgó al peronismo el necesario tiempo histórico para culminar el tránsito hacia la modernización. Dicho en otros términos, el justicialismo no alcanzó a convertirse en el partido inequívocamente demócratico que la Argentina necesita, sencillamente por todos –buenos y malos–, han sido premiados. La selección

de dirigentes –que parecía haber quedado a cargo del electorado–, estuvo nuevamente en manos de una interna que tendrá que decantarse y gobernar al mismo tiempo. Y no será tan fácil depurar a la derecha recalcitrante y oscurantista encuestada en ese partido cuando –también ella–, ha resultado ganadora. Y aunque el peronismo, la sociedad y las condiciones políticas sean otras, la memoria mantiene: la última vez que el peronismo intentó resolver su interna gobernando fue en el 1973-1976.

Las corporaciones

Hay tres corporaciones que a mi entender han visto con beneplácito este resultado. El sindicalismo, por obvias razones de lealtad partidaria. Una buena parte de las huelgas lanzadas poco antes de las elecciones tenían como propósito provocar una imagen de inseguridad para favorecer la voluntad del electorado. El segundo –de diferente signo–, cuando en 1973 el peronismo ganó abrumadoramente y se sumió en una fenomenal lucha por una hegemonía interna que se disipó mediante las armas.

El tercero es la memoria colectiva que traen recuerdos no siempre gratos. El primero se remonta a marzo de 1962 cuando Fratini ganó en la provincia de Buenos Aires y el corporativismo militar dispuso que no debería aceptar la voluntad del electorado. El segundo –de diferente signo–, cuando en 1973 el peronismo ganó abrumadoramente y se sumió en una fenomenal lucha por una hegemonía interna que se disipó mediante las armas.

Con la memoria colectiva se responde a la siguiente: ¿Qué peronismo ganó? Y la respuesta que surge es inquietante: otra vez todo el peronismo. Parece evidente que en su afán de castigar al partido gobernante, la sociedad no distinguió entre aquellos que pugnan por convertir al justicialismo en un partido democrático y moderno, de los que se afieran obcecadamente a los viejos métodos que esta misma sociedad sepultó en 1983. Para todo aquél que aliente el afianzamiento del sistema democrático y consecuentemente el pluralismo político, el triunfo de hombres como Busti, Bordón y el mismo Cañero, es una magnífica señal. Pero qué luego hacer del acceso al gobierno de Reviglio, Varell, Saadi, y por supuesto ya mencionados Rousselot, Russo y otros tantos?

Este resultado –repito–, tiene implicado el riesgo de cercenar el valioso proceso de renovación que se estaba produciendo. Lamentablemente, la sociedad no le otorgó al peronismo el necesario tiempo histórico para culminar el tránsito hacia la modernización. Dicho en otros términos, el justicialismo no alcanzó a convertirse en el partido inequívocamente demócratico que la Argentina necesita, sencillamente por todos –buenos y malos–, han sido premiados. La selección

de dirigentes –que parecía haber quedado a cargo del electorado–, estuvo nuevamente en manos de una interna que tendrá que decantarse y gobernar al mismo tiempo. Y no será tan fácil depurar a la derecha recalcitrante y oscurantista encuestada en ese partido cuando –también ella–, ha resultado ganadora. Y aunque el peronismo, la sociedad y las condiciones políticas sean otras, la memoria mantiene: la última vez que el peronismo intentó resolver su interna gobernando fue en el 1973-1976.

Con la memoria colectiva se responde a la siguiente: ¿Qué peronismo ganó? Y la respuesta que surge es inquietante: otra vez todo el peronismo. Parece evidente que en su afán de castigar al partido gobernante, la sociedad no distinguió entre aquellos que pugnan por convertir al justicialismo en un partido democrático y moderno, de los que se afieran obcecadamente a los viejos métodos que esta misma sociedad sepultó en 1983. Para todo aquél que aliente el afianzamiento del sistema democrático y consecuentemente el pluralismo político, el triunfo de hombres como Busti, Bordón y el mismo Cañero, es una magnífica señal. Pero qué luego hacer del acceso al gobierno de Reviglio, Varell, Saadi, y por supuesto ya mencionados Rousselot, Russo y otros tantos?

Este resultado –repito–, tiene implicado el riesgo de cercenar el valioso proceso de renovación que se estaba produciendo. Lamentablemente, la sociedad no le otorgó al peronismo el necesario tiempo histórico para culminar el tránsito hacia la modernización. Dicho en otros términos, el justicialismo no alcanzó a convertirse en el partido inequívocamente demócratico que la Argentina necesita, sencillamente por todos –buenos y malos–, han sido premiados. La selección

de dirigentes –que parecía haber quedado a cargo del electorado–, estuvo nuevamente en manos de una interna que tendrá que decantarse y gobernar al mismo tiempo. Y no será tan fácil depurar a la derecha recalcitrante y oscurantista encuestada en ese partido cuando –también ella–, ha resultado ganadora. Y aunque el peronismo, la sociedad y las condiciones políticas sean otras, la memoria mantiene: la última vez que el peronismo intentó resolver su interna gobernando fue en el 1973-1976.

Con la memoria colectiva se responde a la siguiente: ¿Qué peronismo ganó? Y la respuesta que surge es inquietante: otra vez todo el peronismo. Parece evidente que en su afán de castigar al partido gobernante, la sociedad no distinguió entre aquellos que pugnan por convertir al justicialismo en un partido democrático y moderno, de los que se afieran obcecadamente a los viejos métodos que esta misma sociedad sepultó en 1983. Para todo aquél que aliente el afianzamiento del sistema democrático y consecuentemente el pluralismo político, el triunfo de hombres como Busti, Bordón y el mismo Cañero, es una magnífica señal. Pero qué luego hacer del acceso al gobierno de Reviglio, Varell, Saadi, y por supuesto ya mencionados Rousselot, Russo y otros tantos?

Este resultado –repito–, tiene implicado el riesgo de cercenar el valioso proceso de renovación que se estaba produciendo. Lamentablemente, la sociedad no le otorgó al peronismo el necesario tiempo histórico para culminar el tránsito hacia la modernización. Dicho en otros términos, el justicialismo no alcanzó a convertirse en el partido inequívocamente demócratico que la Argentina necesita, sencillamente por todos –buenos y malos–, han sido premiados. La selección

La transformación

Ahora bien, todo parece indicar que ha sido el económico el principal –aunque no el único– motivo del voto desfavorable al oficialismo. Si esto es cierto, el problema que se planteará en el futuro –tanto en los dos años que restan para el actual período como para el siguiente, sea quien sea el que gobierne–, es cómo resolver una crisis cuyo referente no es sólo una buena o mala administración lo-

Después del 6 de septiembre

Para ver si algo cambia...

Mario Toer

El desplazamiento de votos hacia el justicialismo producido el 6 de septiembre produjo una sensación de sorpresa similar a la de 1983, esta vez de signo contrario. Con la sola excepción de la Capital Federal, en algunos lugares algo más, en otros algo menos, el viraje estuvo presente desde Jujuy y Misiones hasta Tierra del Fuego. Hoy abundan las especulaciones de que fueron los protagonistas, quienes consumieron ese conglomerado, que cambió el signo de la élite. El presidente interino, que pudo plantearse en términos de si los resultados electorales del 83 y el 85 representaban una excepcionalidad y hoy vuelven las aguas a sus cauces más profundos o si existe una mayor apreciación de votantes que se define en términos coyunturales manteniendo una distancia significativa con las alternativas políticas hoy existentes.

La primera alternativa es la que sostienen hoy los dirigentes justicialistas. El peronismo renovado habría quitado del medio la crisis y este reconstituido al Movimiento y éste se reconstituye con su base histórica y en torno al 40 % de la población que será su constituyente natural. Sin embargo, son muchos los datos que hacen pensar que esta alternativa no ha sido la dominante y que la masa de votantes plenamente identificada con las posiciones históricas del justicialismo se encuentra más cerca del 30 % del 40 %. La masa de "indifinidos" que surgió de todas las encuestas estaría expresando esta situación, y estaría dando la pauta también de que su definición, mayortaria por el momento, es que se definen, mayoritaria por parte de los que votaron en el 85, y este sentimiento de que se reconstituye con su base histórica y en torno al 40 % de la población que será su constituyente natural.

Esta alternativa podría provenir de una reforma de la Constitución que brinda la posibilidad de gobernar a los partidos representativos de la sociedad, comparten esa responsabilidad desde el ejercicio del gobierno y no dejándolo a libre al arbitrio del oficialismo.

Hasta ahora, todas las propuestas electorales se han basado en planes económicos que se resumen en promesas faciles: aumento a los jubilados, altos salarios, reducción del desempleo. Pero llegó la hora de gobernar –aún aquellas dictaduras que tuvieron en sus manos todo el poder imaginable–, chocan con una realidad en la que la inflación producida por el peso de los gastos de funcionamiento y de los gastos de consumo es superior a la inflación que surgió de las encuestas.

En 1983, la explicación más aceptada de la victoria del PJ era que el peso de la inflación había superado el peso de la inflación que surgió de las encuestas.

No vamos a abundar sobre la situación económica. Resulta visible que más allá de algunos indicios de reactivación que el gobierno pudo exhibir, la situación de

los sectores es difícil y que la imagen

de que se vive una situación crítica es recordada también por los voceros oficiales. Podemos pensar entonces que muchas mujeres que antes votaron Díaz Mirón, que las principales dudas habían sido desatadas por la dirigencia renovadora en cuanto a su vocación democrática. La publicidad televisiva que se limitaba a mostrar por la estabilidad, hoy lo hicieron por mejoras en sus ingresos. La expectativa favorable que en el 85 supuso un Plan Anual que auguraba que la inflación se detendría, encuentra al electorado frente a los fatídicos dos dígitos que vuelven a instalarse en los precios de todos los meses.

Imaginemos los nuevos votantes al PJ que éste cuenta con una recta para modificar esta situación. No creemos equivocarnos si decimos no. Los discursos de Di Tella, en Catamarca, o Dominguez del propio Cañero, para nombrar los que se dicen "sabes" de economía, difícilmente haya producido certeza en este sentido. Solo está en algo bastante generalizado y muchos de los candidatos renovadores que se presentan a las elecciones de 1989 no tienen la menor certeza de que el resultado que obtendrá el electorado es el que predomina en el espacio irriente. También se puede concluir que aque- llos factores que generaron dudas en cuanto a la vocación estabilizadora del PJ respecto de las instituciones democráticas, fueron en buena medida aventados. Las razones que estuvieron presentes con fuerza en el 83 y que aún no se desbarataron en el 85, no gravitaron por que sectores apreciables de mujeres, jóvenes y trabajadores excluyeron la alternativa que presentaba el PJ. En consecuencia hay que evaluar como razones implicadas en el viraje producido el peso específico de la coyuntura, de la situación económica en términos generales, la situación particular de algunos sectores concretos, la situación institucional en cuanto a la perspectiva de vigencia de las instituciones democráticas.

El otro aspecto a evaluar es el grado de certeza existente en cuanto a que las propuestas justicialistas y los hombres que han sido elegidos puedan efectivamente producir cambios que se prometieron.

No vamos a abundar sobre la situación económica. Resulta visible que más allá de algunos indicios de reactivación que el gobierno pudo exhibir, la situación de

los sectores es difícil y que la imagen de que se vive una situación crítica es recordada también por los voceros oficiales. Podemos pensar entonces que muchas mujeres que antes votaron Díaz Mirón, que las principales dudas habían sido desatadas por la dirigencia renovadora en cuanto a su vocación democrática. La publicidad televisiva que se limitaba a mostrar por la estabilidad, hoy lo hicieron por mejoras en sus ingresos. La expectativa favorable que en el 85 supuso un Plan Anual que auguraba que la inflación se detendría, encuentra al electorado frente a los fatídicos dos dígitos que vuelven a instalarse en los precios de todos los meses.

Imaginemos los nuevos votantes al PJ que éste cuenta con una recta para modificar esta situación. No creemos equivocarnos si decimos no. Los discursos de Di Tella, en Catamarca, o Dominguez del propio Cañero, para nombrar los que se dicen "sabes" de economía, difícilmente haya producido certeza en este sentido. Solo está en algo bastante generalizado y muchos de los candidatos renovadores que se presentan a las elecciones de 1989 no tienen la menor certeza de que el resultado que obtendrá el electorado es el que predomina en el espacio irriente.

Estamos entonces frente a una opción que sigue teniendo como principal característica una escasa adscripción a las variantes del espectro político y que privilegia las alternativas posibles en el corto plazo que ofrecen los partidos mayoritarios. Quien no se identifica plenamente con la perspectiva por la que optó y qué desconfía de las variantes más principales del espectro político.

Es mucha lo que podría desecharse de la conformación del espectro político actual de las dificultades que han suscitado los largos períodos de inestabilidad para que las personas sepan más y más y para que la adscripción del electorado pudiera ser más firme en uno u otro sentido, pero trascienden los marcos de un artículo con las características de éste, que solo pretende bosquejar la situación política desde el punto de vista electoral que se ha configurado después de las recientes elecciones.

La izquierda, en sus diversas manifestaciones, no pudo superar el techo del 8 % del electorado. La principal lección que podría extraer la izquierda, particularmente en su versión más doctrinaria del FRAL y el MAS, y en alguna medida también el disminuido PI, en plena crisis de identidad, es que el electorado es re-



consolidan vínculos con sectores ortodoxos semi-desplazados del peronismo; por último el terrorismo paramilitar de derecha persiste. ¿Es necesario ser ciegos, sordos o ingenuos para no ver ese incansable proceso de reactivación de la derecha tradicional?

En los últimos números de *La Ciudad Futura* se viene desarrollando un intercambio de ideas sobre las perspectivas de la izquierda en la Argentina. Creo que es posible vincular ese debate con este artículo, en tanto es posible que en este país no haya posibilidad de una alternativa de izquierda si no se asumen dos temas simultáneamente: aportar a la construcción de un sistema político estable que instale gobernabilidad en el régimen democrático y trabajar ardua y firmemente para instalar en la sociedad civil y en la sociedad una nueva cultura política que permita hacer consciente la causa fundamental que ha conducido al país a la decadencia y al pueblo trabajador a la frustración, pesimismo e incertidumbre.

La izquierda tradicional argentina es revoltosa pero primitiva. Es primitiva porque su marginamiento histórico desde 1945 de las culturas políticas nacionales ha reforzado su dogmatismo: subsisten como sectas, con normas de agrupamiento y de control que no permiten la libre elección. Esto también lo atisbó Juan B. Justo. Pero, lo que sucedió fue en cambio el montaje de una industria de sustitución de importaciones "paralela" al sistema económico agro-exportador. El malentendido histórico de la gestión económica, perfil abierto de una economía mixta-integrada, reforma militar, derechos del mundo del trabajo, divorcio, etc., son, entre otros, temas centrales. La derecha liberal argentina se opone a la reforma constitucional porque sabe que, como ocurrió en las reformas provinciales sucedidas entre 1985-1986, privatizarán propuestas renovadoras. Es que la sociedad política argentina es potencialmente justa. ¿No será esto nuestro "socialismo de los poderosos"?

Si embargo, en Argentina hay una izquierda posible. Esta izquierda es viable en tanto se vayan produciendo acercamientos e intercambio de opiniones entre

los grupos políticos que dentro del peronismo, radicalismo, intransigentes, socialistas, cristianos y otros, se vaya perfilando un estilo de pensar la política como una síntesis de las prácticas populares cristalizadas en culturas políticas desde la perspectiva histórica del mundo del trabajo: izquierda es por eso sinónimo de síntesis de aportes del liberalismo popular, del nacionalismo laborista-peronista, de la cultura católica progresista como institución de cohesión nacional y redención social; de las culturas políticas regionales como articulados del pueblo y el estado nacional, de la tradición sindical como herramienta de democratización de la economía y humanización del trabajo, los nuevos movimientos sociales (derechos humanos, feminismo, ecologismo, etc.). Esa síntesis puede producirse si el eje social articulador es el mundo del trabajo y el proyecto un modelo abierto de socialismo plural.

La Argentina es —metafóricamente— la Australia que no fue. Eso ya lo conocía Juárezte, qui comprendió como pocos que la causa principal que nos condujo a la decadencia es que en 1930 la salida de la crisis debió haber sido el pasaje de una economía latifundista agro-exportadora a una economía agroindustrial integrada. Esto también lo atisbó Juan B. Justo. Pero, lo que sucedió fue en cambio el montaje de una industria de sustitución de importaciones "paralela" al sistema económico agro-exportador. El malentendido histórico de la gestión económica, perfil abierto de una economía mixta-integrada, reforma militar, derechos del mundo del trabajo, divorcio, etc., son, entre otros, temas centrales. La derecha liberal argentina se opone a la reforma constitucional porque sabe que, como ocurrió en las reformas provinciales sucedidas entre 1985-1986, privatizarán propuestas renovadoras. Es que la sociedad política argentina es potencialmente justa. ¿No será esto nuestro "socialismo de los poderosos"?

Nuestra izquierda, perseverante y adamista, ni esta cerca del pueblo ni de los "poderosos" (en este caso, ¿qué otros que las fuerzas armadas?).

Una nueva sociedad y una nueva econo-

mía sólo serán viables por voluntad mayo-

ritaria del pueblo. De allí la importancia sustancial de la democracia política como el único ambiente posible para que un país plural que se acercó tanto a ser una sociedad moderna, pueda hacer efectivamente real tal posibilidad histórica.

Las elecciones del 6 de septiembre pueden ser un punto de arranque hacia ese conflicto crucial de la historia argentina, que debió haberse comenzado a resolver hace diez años atrás, y que fue aplazado por un lado por el infantilismo electoral, subsumido en el gobierno y sin autonomía partidaria. No cabe duda que estos partidos deberán resolver luchas intestinas y superar todavía tradiciones políticas excluyentes. Las elecciones del 6 de septiembre deberán servir para que en esos partidos se consoliden actitudes racionales y renovadoras.

Otro asunto de vital importancia es que la sociedad civil, ante la todavía ausencia de una auténtica decisión de las FFAA de integrarse en el sistema democrático, debe hacerse cargo también del asunto militar. La reforma militar es importante, pero no basta: la sociedad civil y política debe afrontar el problema convocando a oficiales y suboficiales a "salir a la calle" uniformados. No es posible seguir haciendo lo del avestruz —es decir preferir que se queden en los casinos— porque eso acentúa la paranoia militar. Es necesario que los ciudadanos desarmados convivan en casa, en el restaurante, en el cine, con los ciudadanos de uniforme.

Jero qué ocurre con los que se quedan afuera del bipartidismo? Es realidad que sea inteligente quedarse fuera si acepta por un lado que el 80% es PJ o UCR y que es necesario vivir esa realidad como suya y aportar sin sectarismos a la renovación de esos partidos, y si capta que ninguno de esos partidos podrá gobernar sólo y que serán necesarias las más diferentes alianzas. Si el sistema político se consolida quedarán afuera la derecha ultramontana y los "revoltosos". Estos últimos seguirán siendo, pero poco a poco pueden volverse más comprensivos, si aspiran que el Príncipe se vea obligado a tenerlos en cuenta.

Las elecciones del 6 de septiembre presentan todavía un cuadro político complejo. Por un lado el pe-

ronismo muestra el lado positivo de su renovación política hegemonista y se observa una prudente búsqueda de cohabitar con la UCR. Por otro lado el PE es ahora más homogéneo y el presidente Alfonsín ha planteado la absoluta necesidad de llegar a compromisos con la oposición. Pero en el justicialismo han aparecido algunas voces de tránsfusional revanchista. A su vez la UCR muestra con nitidez que todavía un partido electoral, subsumido en el gobierno y sin autonomía partidaria. No cabe duda que estos partidos deberán resolver luchas intestinas y superar todavía tradiciones políticas excluyentes. Las elecciones del 6 de septiembre deberán servir para que en esos partidos se consoliden actitudes racionales y renovadoras.

Otro asunto de vital importancia es que la sociedad civil, ante la todavía ausencia de una auténtica decisión de las FFAA de integrarse en el sistema democrático, debe hacerse cargo también del asunto militar. La reforma militar es importante, pero no basta: la sociedad civil y política debe afrontar el problema convocando a oficiales y suboficiales a "salir a la calle" uniformados. No es posible seguir haciendo lo del avestruz —es decir preferir que se queden en los casinos— porque eso acentúa la paranoia militar. Es necesario que los ciudadanos desarmados convivan en casa, en el restaurante, en el cine, con los ciudadanos de uniforme.

Jero qué ocurre con los que se quedan afuera del bipartidismo? Es realidad que sea inteligente quedarse fuera si acepta por un lado que el 80% es PJ o UCR y que es necesario vivir esa realidad como suya y aportar sin sectarismos a la renovación de esos partidos, y si capta que ninguno de esos partidos podrá gobernar sólo y que serán necesarias las más diferentes alianzas. Si el sistema político se consolida quedarán afuera la derecha ultramontana y los "revoltosos". Estos últimos seguirán siendo, pero poco a poco pueden volverse más comprensivos, si aspiran que el Príncipe se vea obligado a tenerlos en cuenta.

No se ha incluido a ningún sector indeciso en estos totales, no porque no los hubiera, por supuesto, sino porque en el momento de la verdad tuvieron que votar por alguien. Lo que se intenta es rastrear sus comportamientos anteriores para tener alguna idea de sus preferencias. En este análisis se supone una permanencia de ciertos porcentajes que es solo una primera aproximación a la estructura de actitudes distribuida en el electorado argentino. La justificación de este enfoque es que no hay otro disponible con los datos existentes, salvo si se opta por dar demasiado crédito a encuestas que solo reflejan a partes del electorado, y además con bastante divergencia entre unas y otras.

A la elección de 1985, que fue de transición, la salieron, aunque sin decirse que ya ahí el radicalismo, al desaparecer la polarización presidencial, disminuyó en 9 puntos porcentuales, iniciando el descenso que lo llevó en 1987 a perder otros 6 puntos. Los principales beneficiarios de la pérdida en 1985 fueron la derecha y la izquierda. La izquierda alcanzó un total de 11 % en 1985, principalmente expresada en el gran crecimiento del Partido Intransigente, que luego se revirtió.

Pasando ahora a las recientes elecciones de Diputados de 1987, ellas, más que una victoria peronista, han significado una derrota radical, premontada de la posible disolución de su estrecha coalición electoral, que le había permitido sumar a su base tradicional otros dos componentes, casi iguales en cantidad, de izquierda y de derecha. Ahora, en 1987, se verificó un gran incremento de los partidos de



al final, 16 puntos porcentuales votaron a la UCR, dejando sólo a 3 bajo banderas partidarias propias. Todo esto se resume en las dos primeras columnas del cuadro siguiente:

Estimación de la composición del voto (porcientos)

	Presid. 1973	Presid. 1983	Diput. 1987
Justicistas y aliados, incluso sectorial	50	40	43
Peronistas "clásicos"	40	40	40
Independiente aliada o integrada	10	0	3
Radicales y aliados	21	52	37
Radicales "netos"	21	21	21
Izquierda independiente	0	16	9
Derecha aliada o integrada	0	15	7
Partidos de izquierda	9	3	7
Partidos de centro derecha y provinciales	20	5	13

No se ha incluido a ningún sector indeciso en estos totales, no porque no los hubiera, por supuesto, sino porque en el momento de la verdad tuvieron que votar por alguien. Lo que se intenta es rastrear sus comportamientos anteriores para tener alguna idea de sus preferencias. En este análisis se supone una permanencia de ciertos porcentajes que es solo una primera aproximación a la estructura de actitudes distribuida en el electorado argentino. La justificación de este enfoque es que no hay otro disponible con los datos existentes, salvo si se opta por dar demasiado crédito a encuestas que solo reflejan a partes del electorado, y además con bastante divergencia entre unas y otras.

A la elección de 1985, que fue de transición, la salieron, aunque sin decirse que ya ahí el radicalismo, al desaparecer la polarización presidencial, disminuyó en 9 puntos porcentuales, iniciando el descenso que lo llevó en 1987 a perder otros 6 puntos. Los principales beneficiarios de la pérdida en 1985 fueron la derecha y la izquierda. La izquierda alcanzó un total de 11 % en 1985, principalmente expresada en el gran crecimiento del Partido Intransigente, que luego se revirtió.

Pasando ahora a las recientes elecciones de Diputados de 1987, ellas, más que una victoria peronista, han significado una derrota radical, premontada de la posible disolución de su estrecha coalición electoral, que le había permitido sumar a su base tradicional otros dos componentes, casi iguales en cantidad, de izquierda y de derecha. Ahora, en 1987, se verificó un gran incremento de los partidos de

centro derecha y provinciales que alcanzaron el 13 %. Suponiendo que el total con preferencia claramente de centro-derecha en esta etapa histórica del país permanece en el 20 % alcanzado en 1973, resulta que todavía un 7 % queda en el radicalismo, directamente votando por Alfonsín, o por partidos coaligados en la Convergencia. No se está suponiendo aquí que ese aludido 20 % es el techo máximo a que puede aspirar la derecha en la Argentina. Es simplemente una estimación acerca de las preferencias y raíces actitudinales del electorado en la situación actual, que por cierto pueden gradualmente ir cambiando. Lo mismo ocurre para la izquierda, y para los "peronistas clásicos" o "radicales netos". Pero por el momento fijamos en el 19 % las preferencias a nivel de las banderas y partidarios estuporosos es importante, es más difícil de estimar su impacto a nivel de votos.

(ii) La izquierda, que en las presidenciales de 1983 se había nucleado casi totalmente en el voto alfonsinista, ahora en su mayoría ha emigrado, sea a posiciones partidarias propias, o al justicialismo.

(iv) La derecha, después de haber apoyado al voto alfonsinista en 1983, ahora se ha liberado, refluyendo a troncos partidarios propios, en mayor grado que la izquierda, que experimenta el polo de atracción peronista.

(i) La radicalismo, a pesar de su actual

descenso, ha quedado claramente por encima de su caudal histórico de las últimas décadas. Para pasar de su tradicional cuarto del electorado a este más de un tercio precisa haber englobado a trozos de la izquierda, la derecha y el peronismo, aunque de ésto lo que sacó es más bien el sector orientado a la izquierda; los clásicos" que puede haber incluido en las presidenciales los perdió sin duda alguna.

(ii) El peronismo, manteniendo su base del 40 %, sumó sobre lo menos el 2 % de izquierdista que figura en el cuadro. De modo que debe haber algo más de izquierda en ese monto, puesto que los 40 % "clásicos" incluyen a ciertos componentes de derecha que han abandonado ahora las banderas justicialistas. Pero aunque a nivel de ciertos dirigentes e ideólogos estuporoso es importante, es más difícil de estimar su impacto a nivel de votos.

(iii) La izquierda, que en las presidenciales de 1983 se había nucleado casi totalmente en el voto alfonsinista, ahora en su mayoría ha emigrado, sea a posiciones partidarias propias, o al justicialismo.

D e las cuatro familias ideológicas-políticas selladas, la más homogénea, ya avanzada la renovación, es el peronismo, a pesar de algunos cambios, moderando las innovaciones, implica un cierto innovismo, un pensamiento que dañado al resto de la opinión pública nacional. Y las condiciones de la Argentina actual ya hacen difícil mantener mayoria sólida sobre esa base tradicional. Inspirándose en la fraternidad del General Perón, al tablón de 40 centímetros que tiene Cafiero le hace falta agregar otro de por lo menos 10 o 15 cm., para pasar la zanja del 50 % y establecer las bases de un gobierno justicialista eficaz.

La coalición radical es la más heterogénea, sobre todo medida a nivel de sus electores, no tanto de sus actividades o dirigentes. Una convergencia de familias ideológicas tan diversa parecería ser viable sólo como respuesta a una crisis muy aguda, a una transición como la que se vivió al salir de la dictadura. Se precisaría recrear condiciones de polarización para volver a ganar votos. Es muy difícil, por otra parte, ganarlos en la izquierda; más tentador, y más probable, es recuperarlos en la derecha, por reflejos antiperonistas. La coalición a la derecha, ha conseguido un importante núcleo de integración en la UCD, aunque para aliarse con los demás sectores de orientación federalista a veces superar su ideología. No es imposible, de todos modos, que esto ocurra, sobre todo si se da el regreso alrededor del radicalismo como "mal menor".

La izquierda, después de la debacle de su intentado polo intransigente, está en una condición de extrema y pareja fragmentación en cuatro sectores casi iguales, los intransigentes, los socialdemócratas, los trotskistas y los comunistas. Si esto no cambia, los días de la izquierda como opción serán contados, y la atracción hacia el peronismo va a ser imparable, a pesar de los reparos ideológicos. Para sobrevivir como opción la izquierda precisa volver a generar un polo de crecimiento propio, como lo ha hecho la derecha. Es verdad que no existen indicios de que esto esté por hacerse, aunque en política es aspreza decir que algo es imposible. En los últimos quince años la izquierda ha oscilado entre su máxima incorporación revolucionaria al peronismo y su adhesión al alfonsinismo, recuperada si se fija en la democracia. El futuro le plantea la alternativa de volver a un segundismo de la clase obrera, o bien formar un núcleo ideológico y político propio, capaz de actuar con autonomía en la política de alianzas que seguramente será la tónica en los tiempos que se avecinan.



La izquierda independiente y el reflujo electoral

Torcuato Di Tella

L a victoria del 6 de septiembre no se debe a un supuesto sector de indecisos, o de independientes por naturaleza, sino a la migración política de dos sectores ideológicos: una izquierda en busca de ubicación adecuada, y una derecha que refluye a sus canales naturales. Es cierto, como decían las encuestas, que muchos estuvieron indecisos hasta el final, pero se trata de una derecha y de una izquierda independientes, cada vez más pragmáticas, sin eso dejar de tener convicciones ideológicas de largo plazo.

Para entender los resultados es conveniente retroceder a 1973, a la elección de Cámpora. La de Perón no vale, porque en ese momento se dio un efecto de arrastre por la victoria, y además porque

los resultados se consideran como el de los peronistas "clásicos" o fieles. Quizás dentro

de ese 40 % habría que establecer a su vez distinciones, definiendo a un 25 % realmente "de hierro" y a un 15 % influenciable, pero no hay datos firmes para hacer esas estimaciones, y aquí sólo se pretende dar algunas líneas más gruesas de las tendencias electorales. Volviendo entonces a 1973, del total de 50 % obtenido por el peronismo lo que sobre por encima del 40 % se puede considerar como un voto

de NOS MUDAMOS

Biblioteca PREMIER S.A.C.I.

Además del fondo completo de Siglo XXI, usted podrá encontrar asesoramiento en literatura, crítica literaria, sociología, política, psicoanálisis. La revista que no encuentra en ninguna parte y muchas cosas más...

Rodríguez Peña 452 Buenos Aires

T.E. 46 4959

Alianza EDITORIAL NOVEDADES

JUAN JOSE SAER:
GLOSA

ITALO CALVINO:
PALOMAR
Traducción de Aurora Bernárdez

GERARD POMMIER:
LA EXCEPCION FEMENINA
Ensayo sobre los impases del goce

OSCAR TERAN:
JOSE INGENIEROS: PENSAR LA NACION

TULIO HALPERIN DONGHI:
HISTORIA CONTEMPORANEA DE AMERICA LATINA

JOSE LUIS ROMERO:
ESTUDIO DE LA MENTALIDAD BURGUESA

Distribuidor Exclusivo:
DISTASA
CORDOBA 2064 - BUENOS AIRES

Conversación con Héctor Polino

El cooperativismo: una opción para salir de la crisis

Gustavo Merino

¿Qué fenómenos se están desarrollando en el campo cooperativo?

El primer fenómeno que se advierte es el del crecimiento y desarrollo; nunca antes el país verificó un avance tan significativo desde el punto de vista cuantitativo y cualitativo como ahora. La constitución de más de 2500 nuevas entidades en 3 años y medio de gestión, es una cifra récord, frente a las 1000 cooperativas existentes al 10 de diciembre de 1983. Nunca antes el país comprobó un crecimiento tan acelerado en tan poco tiempo. El ritmo de crecimiento se ha incrementado aún mucho más en los últimos meses, marcando una tendencia que es altamente positiva.

El segundo fenómeno es el de la ampliación del campo de acción concreto del movimiento a actividades inimaginables hasta hace poco. La constitución de cooperativas de trabajo de discapacitados, físicos y mentales; la constitución de cooperativas de exportación de pequeños y medianos emprendimientos; la constitución de cooperativas de trabajo de la industria electrónica, informática y de telecomunicaciones; la constitución de cooperativas de provisión de feriantes de puestos municipales; la constitución de cooperativas de provisión de servicios a taxistas para llevar a cabo un programa de transporte oficial, en reemplazo de los vehículos oficiales; la constitución de cooperativas de provisión, para llevar a cabo la inseminación artificial de animales, etc.

El tercer fenómeno es el avance en el campo de la integración horizontal y vertical no sólo institucional, sino fundamentalmente en el campo económico del movimiento cooperativo de nuestro país. La integración horizontal con los movimientos cooperativos de otras partes del mundo, Uruguay, Brasil, Japón, Suecia, entre otros completa un panorama auspicioso de nuevos e importantes emprendimientos.

El cuarto fenómeno es el avance en el campo de la integración horizontal y vertical no sólo institucional, sino fundamentalmente en el campo económico del movimiento cooperativo de nuestro país. La integración horizontal con los movimientos cooperativos de otras partes del mundo, Uruguay, Brasil, Japón, Suecia, entre otros completa un panorama auspicioso de nuevos e importantes emprendimientos.

El quinto fenómeno es el desarrollo de las cooperativas escolares, formadas por los alumnos de nivel primario y secundario, como un nuevo método pedagógico que forma a la niñez y la juventud en las prácticas de la democracia, la solidaridad, el humanismo y la participación. Varios centenares de cooperativas escolares se han constituido en los últimos tiempos, sobre todo en el interior del país.

El sexto fenómeno es el interés creciente que se observa entre los maestros y profesores por asistir a cursos de formación y capacitación cooperativa, organizados por las áreas educativas del nivel nacional, provincial y municipal, por la Secretaría de Acción Cooperativa y por distintas entidades solidarias de primer y segundo grado.

El séptimo fenómeno es la realización cada vez en forma más numerosa de seminarios, mesas redondas, congresos, debates, encuentros, etc., organizados por universidades, facultades, asociaciones de Profesionales, y el propio movimiento cooperativo, sobre temas jurídicos, contables, económicos, impositivos, financieros, vinculados al universo cooperativo.

El octavo fenómeno es la creación en distintos concejos deliberantes del inte-

El avance del cooperativismo en los últimos tres años ha sido notable, afirma Polino. El desarrollo de este sector de la economía social, dice, permite la emancipación del hombre de todo tipo de explotación y eleva su calidad de vida.

rior del país, de comisiones vinculadas al tema cooperativo, como así también la creación en distintas municipalidades, dentro de los departamentos ejecutivos, y de organismos de distintos niveles: departamentos, direcciones, subsecretarías referidas a estos cuestiones.

Por último, el noveno fenómeno está constituido por las numerosas visitas oficiales y de organizaciones cooperativas, pertenecientes fundamentalmente a países latinoamericanos y europeos, que hemos recibido a partir del 10 de diciembre de 1983, interesados por conocer la acción del gobierno nacional y del movimiento cooperativo argentino.

Por primera vez en toda la historia nacional visitó nuestro país en el año 1985 el presidente de la Alianza Cooperativa Internacional, interesado en abrir en Buenos Aires una oficina del máximo organismo existente en el mundo vinculado a este tema. Conviene tener en cuenta que la ACI, tiene oficinas sólo en 6 países.

¿La participación es sólo privada o también estatal?

Fundamentalmente privada. El gobierno

alienta el desarrollo cooperativo; creó la Secretaría de Estado de Acción Cooperativa; puso en funcionamiento norriera vez en toda la historia del país el estudio de un Plan de Desarrollo Cooperativo; puso en actividad los mecanismos referidos a la ley 16.583, sancionada en 1984, vinculada a la educación cooperativa; en escuelas, colegios y universidades; derrogó el impuesto a los capitales que pagaban las cooperativas desde el año 1978; creó por ley un fondo para ser destinado a la educación, promoción de disolución y liquidación de la CAP, Corporación Argentina de Productores, para transformarla en una cooperativa de los pequeños y medianos productores pecuarios; redactó un proyecto de ley referido a las cooperativas de trabajo; propicia la participación de las cooperativas de Servicios Públicos, en el campo de la radiodifusión, televisión y servicios complementarios, etc. Pero el gobierno democrático confía en los beneficios de la cooperación libre. Hace poco el pensamiento de Charles Gide, que señala "que si el sistema cooperativo no ha nacido en la cabeza de ningún sabio, ni de ningún reformador social, sino en las entrañas mismas del pueblo".

¿El desarrollo del cooperativismo puede facilitar las privatizaciones?

Por supuesto que sí. Vivimos en un país de economía mixta, con 3 sectores bien definidos. Un sector público, formado fundamentalmente por las empresas del estado; un sector privado sin fines lucrativos, de carácter solidario, constituido por las cooperativas, las mutualidades y las obras sociales de los trabajadores, conformando el sector de economía social; y un sector privado de carácter comercial y de economía social.

El desarrollo de este sector de economía social, posibilita la auténtica emancipación del hombre de todo tipo de explotación y permite llevar al mismo tiempo la calidad de vida de sus protagonistas.

Las empresas del estado deben mantenerse en todas aquellas actividades vinculadas a la soberanía, a la seguridad nacional y a la planificación democrática de la economía.

El resto de las actividades conviene transferirlas al sector privado sin fines de progreso económico y social. En los paí-

lucro, entre otras razones, porque en la mayoría de los casos son administradas por funcionarios que no creen en el rol del estado, o porque están vinculados a intereses horizontales.

Las cooperativas de trabajo existentes, o las nuevas entidades de este tipo, pueden hacer cargo de actividades vinculadas al proceso de producción industrial en manos del estado, con las siguientes ventajas comparativas, entre muchas otras:

a) el esfuerzo de los asociados que devuelven un interés propio, se beneficia directamente con una mayor productividad;

b) se benefician además, disminuyendo los costos de control de calidad, al efectuar cada trabajador desde su puesto de trabajo;

c) la inexistencia de paros y huelgas, al superarse las contradicciones entre el capital y el trabajo;

d) el excedente generado se reivierende en la empresa común, y en caso de distribución entre los asociados beneficia a la economía general del país, generando una mayor demanda de bienes;

e) la cooperativa es una empresa democrática; cada asociado posee un voto, cualquiera sea su posición en la misma, y el monto del capital integrado;

f) el trabajo se organiza sobre la base de valores solidarios, no en función del lucro del capital; tiende al mejoramiento de las condiciones de vida de los actores del proceso productivo, dando nacimiento a formas concretas de democracia económica.

En las empresas del estado de servicios públicos es conveniente que en los directores participen los representantes de los trabajadores y de los usuarios, dando origen a la verdadera cogestión que practican los países más modernos, progresistas y avanzados del mundo.

Las cooperativas de servicios públicos pueden y deben "sumir cada vez mayor cantidad de actividades que hoy están en manos del estado. Por ejemplo:

a) la construcción de redes y ramales de distribución del gas natural y plantas de almacenamiento de gas envasado;

b) el desarrollo de la telefonía y electrificación tanto urbana, como rural;

c) la construcción de redes domiciliarias de distribución del agua potable y desagües cloacales.

Se orienta de esta manera la acción protagónica de la comunidad: se releva el estado de encarar por si actividades que pueden llevarse a cabo con menor costo, con mayor eficiencia, y una práctica constante de la democracia participativa.

Se desburocratiza el aparato estatal, se democratiza el proceso económico a través de la descentralización y la autogestión y se consolida un modelo de sociedad de economía mixta, con un poderoso sector de economía social.

El desarrollo de este sector de economía social, posibilita la auténtica emancipación del hombre de todo tipo de explotación y permite llevar al mismo tiempo la calidad de vida de sus protagonistas.

De esta manera se pasa de la teoría y de la retórica a la práctica cotidiana de los hechos concretos, avanzando en el camino inexorable del proceso histórico.

¿El cooperativismo es una opción para salir de la crisis?

Sin duda. Es una herramienta de desarrollo, de cambio, de transformación, de progreso económico y social. En los paí-

Los argentinos

Entre la incertidumbre y la esperanza

Oscar Terán

Al menos la justicia poética está de nuestra parte: Si hay argentinos que se pintan el rostro para la muerte, otros se siguen cubriendo de máscaras para la vida.



"pintura en la memoria"
Enrique Molina

Estas son unas representaciones débiles y protegidas de la extemporaneidad —que el vértigo argentino aísla— merced a sucesos recientes como el ministerio de Tucumán o el autocautelamiento de La Tablada. Inexorablemente, todos ellos retroceden hasta ese fragmento vital o mortal de la memoria que ha quedado fijado en los sucesos del último abril. Y no únicamente por los beneficios secundarios que pudiere otorgar la melancolía; también por la necesidad de no olvidar que los efectos de ese acontecimiento que no ha concluido seguirán resonando como una campanada sorda en el escenario nacional y en el fondo mismo de nuestra subjetividad. Además, molestos viajeros se encargan de recordárnoslo al visitar este país: después de Semana Santa, ya no somos los mismos. Entonces me pregunto qué soy yo, entre la incertidumbre y la esperanza, que vivo en este tiempo donde pasa lo que ni siquiera sé si debía pasar.

Me place fantasear que, cuando se escribe la historia de la felicidad en la Argentina, futuros investigadores se toparan con estos hombres que habremos sido nosotros y cuyo lugar en aquella historiografía les resultará de difícil definición, ya que verificarán que fuimos complejos animales escindidos entre la ilusión y el temor. Expresión sin duda de universo partido en dos, puesto que mientras en zonas no subestimables de la sociedad la transición a la democracia avanza aunque con dificultades, por otra parte en porciones más reducidas pero no menos poderosas operan los amores de la violencia siempre dispuestos a enarjecer los colores de la muerte para salir, con la exaltación en la cara pintada, a destrozar los sueños, la justicia, las libertades, los placeres, los sueños...

Y sin embargo, la loca esperanza popular persiste ante los hombres ante el horror y a lo insoportable, y por eso, por eso mismo, nos demostramos que después de Semana Santa pudimos seguir viviendo; esto es, entonando las ceremonias costumbres de su estrife. No creímos que esos orgullo

nos hayan sido ajenos a la manera de ser y de vivir del Che. Aunque sus enemigos —y no sólo los de la derecha— han usado el calificativo de "aventurero" para referirse a él de forma peyorativa, el mismo es insuficiente para describir su conducta. Y pienso que ese espíritu "jujeño" —recordemos que el uso ese de adjetivo para designar a un modo de vida que el linaje hispano-criollo estimaba como un valor frente a otros comportamientos de las clases altas que enfatizaban en el dínero como la verdadera fuente del poder.

En su etapa argentina, el Che vivió el momento de apogeo del peronismo, es decir, la doble derrota que un movimiento plebeyo y autoritario le causó a la izquierda y a la vieja oligarquía. Es seguro que reaccionó frente a él como la élite a la que pertenecía. El peronismo le desgració, pero ni la izquierda comunista o socialista ni menos aún la derecha lo tentaron.

A veinte años de la muerte del Che

Ernesto Guevara, argentino

Juan Carlos Portantiero

En todo ese trayecto que conduce a la gran Historia, el Che se va despojando de sus orígenes. Pero siempre creyó que entre él y la Argentina se mantenía un compromiso impagado.

No creo equivocarme al afirmar que Ernesto Guevara vivió el hecho de ser argentino por lo menos con ambigüedad. Decidió abandonar su país con la convicción de que era una minoría mucho más adecuada de ser latinos que la que él creyó muy difícil encontrar en su país natal.

Pero si el análisis terminara allí la conclusión resultaría demasiado simple: un hombre que, para entregarse a su "patria grande" repelió a su "patria chica", en una operación que no fué extraña, por ejemplo, a ciertos espíritus románticos del siglo XIX europeo. Quiero creer que en el Che cohabitaban con ese "cambio de piel" otras tensiones, otros ataques, otros vínculos que enfatizan más contradicción en el dínero, la fuerza y el poder.

En el momento de apogeo del peronismo, es decir, la doble derrota que un movimiento plebeyo y autoritario le causó a la izquierda y a la vieja oligarquía. Es seguro que reaccionó frente a él como la élite a la que pertenecía. El peronismo le desgració, pero ni la izquierda comunista o socialista ni menos aún la derecha lo tentaron.

Es posible imaginar entonces este escenario vital: un joven de origen patrício, económicamente desclasado, que ha cultivado una pasión redentora frente a los humildes, alimentada por ideales confusamente libertarios, advierte de pronto que en la Argentina de los años 50 no hay lugar para sus sueños. No puede ser peronista —que es donde están las clases subalternas—, ha rotado con la avidez mercantil de Santiago de Cuba. Había mucha gente en ese club expatriado por la flamante revolución —que ya se había definido como socialista tras la victoria de Playa Girón— y por lo tanto no era propicio para indagaciones demasiado sutiles. Veinticuatro horas antes, en un encuentro fortuito con el grupo de argentinos y de uruguayos que yo integraba, el Che nos había invitado a conversar. El diálogo, por cierto, no fue histórico ni importaba que lo fuera. Nos interesaría sobre todo el encuentro en si mismo, la posibilidad de ver a un personaje que encarnaba nuestros ideales, que había ingresado a la leyenda y que era, a la vez, un compatriota.

Si acento cubano (aunque en algún paraje forzó a bajar la pronunciación), su uniforme verde olivo y su gran cigarro lo mimetizaban con las estampas de los héroes guerrilleros. No habló de la Argentina, tampoco, pero hubo algo, impalpable, en sus gestos, en la temperatura de su humor mordaz, en cierto aire despectivo frente a preguntas que le parecían banalizadas, que le daban una alegría para otros; Rilea lo sabía todo sobre el encuentro en si mismo, la posibilidad de ver a un personaje que encarnaba nuestros ideales, que había ingresado a la leyenda y que era, a la vez, un compatriota.

Una noche vi me digo: no retornarás a esa isla al mediódia con olor a utopía; mas quiero creer que entre la frivolidad y el fundamentalismo se abre el desfiladero que se abre entre la muerte y la memoria.

Uña y clavo, médico o le abre la América taurina. ¿Ruptura con su clase? ¿Ruptura con su país? Una primera lectura indicaría que ese es el sentido de su búsqueda existencial. Pero poco a poco se imponían las estampas de los héroes guerrilleros. No habló de la Argentina, tampoco, pero hubo algo, impalpable, en sus gestos, en la temperatura de su humor mordaz, en cierto aire despectivo frente a preguntas que le parecían banalizadas, que le daban una alegría para otros; Rilea lo sabía todo sobre el encuentro en si mismo, la posibilidad de ver a un personaje que encarnaba nuestros ideales, que había ingresado a la leyenda y que era, a la vez, un compatriota.

Bolivia, primero, aún como un médico humanitario. Guatemala, luego, ya vinculándose con la política al ser derrocado el gobierno progresista de Jacobo Arbenz. Por fin México, el encuentro con Castro, la lucha en Sierra Maestra, el guerrillero, ya cubano, entrando en La Habana y restando en el siglo XX una epopeya del siglo anterior, cuando en el combate contra los españoles no había patrias particulares. Bolivia, primero, aún como un médico humanitario. Guatemala, luego, ya vinculándose con la política al ser derrocado el gobierno progresista de Jacobo Arbenz. Por fin México, el encuentro con Castro, la lucha en Sierra Maestra, el guerrillero, ya cubano, entrando en La Habana y restando en el siglo XX una epopeya del siglo anterior, cuando en el combate contra los españoles no había patrias particulares.

En todo ese trayecto que conduce a la gran Historia, el Che se va despojando de sus orígenes. Pero siempre creyó que entre él y la Argentina se mantenía un compromiso impagado.

Debate sobre la izquierda

Quiebras y soldaduras

Carlos Alberto Brocato

En la década del treinta, en Estados Unidos había una izquierda. Una buena parte de ella era crítica, en el sentido en que hoy podemos emplear esta palabra, si tiene algo preciso pues "lo crítico" está también atravesado por la "crisis". Pero no quiero complicar en exceso las cosas. En esa izquierda crítica, pues, había intelectuales. A lo que les pasó a ellos, más circunstancialmente, quieren referirme en forma breve. Pues bien, dos poderosos cimbronazos los desacordaron como intelectuales, como críticos y como izquierdistas: los juicios de Moscú y el advenimiento de Roosevelt con su New Deal.

La conflictividad social que hasta ese momento existía les había engendrado, como a toda la izquierda, la confianza en una próxima transformación revolucionaria, cuyo sujeto político sería, desde luego, la clase obrera porteña. La memoria, la condensación histórico-social que se instauró con Roosevelt disolvió esa confianza. Confianza que estaba sostenida, a la vez, por la certidumbre de que la Revolución de Octubre, con su encarnación institucionalizada en la Unión Soviética, era el faro ideológico que los alumbra. Faro resplandeciente, a no dudarlo, hasta esa década. Los juicios de Moscú, condensación patética del Temprano que lo apagaba, para decirlo en el lenguaje de Trotski de la época, les tritruó la certeza. Se quedaron sin confanza y sin certidumbre.

¿Qué pasó con ellos? Lo resumire brevemente, al estilo de un *Reader's Digest* (de izquierda). Una parte se puso en retozo hasta los tuétanos: se fue, como se dice hoy, a cuidar el jardín y comprar electrodomésticos. Otra parte se refugió en la regeneración y cultivo otro tipo de jardín, más metafórico; el de la nostalgia revolucionaria, petrificada y dispuesta a toda concesión realista. Otro sector se reconcilió a los nuevos ideales democráticos y posibilistas (distinto pero simétrica forma de realismo) y se insertó "críticamente" en los avances roventinos que auguraban una reforma de la sociedad sin tensiones extremas. Por último, hubo intelectuales que, asumiendo lo más lucídamente que pudieron, la quebró doble de ilusiones, reembocaron sus hermanamientos críticos hacia la nueva realidad histórico-social, cuya recomposición admitían, y las destinaron centralmente al examen radical de las configuraciones ideológicas y culturales.

Cuando me acometen estas dos imágenes me descalabro la teoría; sobre todo, un residuo de triquiñuelas, estufio, astucia. No tengo más remedio que comenzar de cero. Pero ¿dónde dónde para evitar las zancadas?

Espero que el lector me exima de glosar los significados de esta alegoría casi tipológica con la que intentaré indicar, con pretensión analógica, la situación actual de la izquierda en la Argentina y en particular de sus intelectuales. Una de las pretensiones debo hacerla manifiesta pues no confío demasiado en lo implícito y los malentendidos que factura, no es la primera vez, en este ingrato mundo en fin, que pasa lo que nos pasa. Ciertos es que desde la perspectiva de los protagonistas siempre pasa algo inédito, y no las faltas del todo razón, y eso inédito se reviste de una infinita cruelidad histórica, casi un designio, que acogota la bienaventuranza de la vispera. ¿Cómo objetar esto último existencialmente?

Es verdad que, a diferencia de aque-

los años anteriores de *La Ciudad Futura* iniciamos el "Debate sobre la izquierda". A él se suma ahora Brocato, quien se interesa por ese lugar errático en el que deambulan quienes buscan una reflexión "desdogmatizada, un pensar sin garantías fiduciarias".

No, me digo, no hay ningún lugar desde donde se puede asumir la crítica sin el riesgo de la simulación, lo ilusorio, las coartadas, la autocoplacencia. Apenas si existen algunas profilaxis precarias. Por ejemplo, rehuir la tentación de enmarrarse en grupo; la comuna ideológica, que dicen. No hablo de lo organizativo, que siempre es útil, sino de ese maridaje en que todos, acólitos y lúdres, se seducen. Trueque de afinidades correspondientes, de murmullos aterciopelados, de convicciones mutuas y consenso, preserva ilusoriamente la identidad en crisis, suelta pastosones los pedazos. Fabrica otro sloganismo más alambicado. Hay, también, un contra-sloganismo. Invocar la utopía, grifaría, puede simular un refugio del desencuentro y la desilusión, una mira gestualidad de "duro", como el subgermo de la novela policial. En estos años, el grito de "Utopia" suelen hacerse actos relámpagos en los que se denuncia a los "realistas": los utopistas, a continuación, se abrazan entre ellos y marchan juntos al cine. Más circunstancias, los tecnofundacionistas escriben monografías en las que "articular" (verbo de comodores effluvia gramscianos) la democracia contractual, con el estipido, contratan a gente robusta que disuelve a cachetazos los actos relámpagos de los utopistas. La polémica entre intelectuales ha sido siempre cruenta, como lo prueban recientes messas redondas de áspero transcurso.

Como en los yanquis de la alegoría y otros innumerables relatos que podrían acercarse, lo que se juega es la convulsión de ese lugar imaginario de certidumbres y certezas en el que cada uno se había abroquelado para sentirse seguro de sí y de sus ideas y apuestas. Que se refuerza con la pertenencia a un partido, a un grupo, a un club, da lo mismo. Espacios consensuales en los que las "convicciones explicativas" naúfragadas se calafatean o se reemplazan por otras. Modelos de comprensión histórico-social que, digase lo que se diga, a los alaridos o reinados con catedralicia mansedumbre, reinstalan la transpa-

de los ellos, por último, no surgirá la reconstitución de la izquierda en la Argentina. Ojalá que sean pocas las que, aun en duermevela, se dejen cautivas por esa ensofación. Pero de ellos depende, y no es poco, la instauración de un margen (para no provocar equivocos con lo de "marginalidad") sociocultural relativamente estable. Ellos, al menos para las capas intelectuales o culturalizadas más radicalizadas, el gran espacio vacante de la modernidad incipiunda en la Argentina. Allí significaría la estructuración socio-existencial de un independentismo negativo, que por ahora sólo preexiste como negación del partidismo sectario, negatividad culturalmente azorosa e históricamente frágil y amenazada.

Al menos cuatro grupos de factores conspiran contra el surgimiento de una propuesta educativa democrática y popular coherente a partir de las deliberaciones del Congreso pedagógico. El primero se refleja en una fuerte desigualdad de los actores del Congreso, el segundo es el resultado de la "penetración capilar" de orientaciones de los grupos más desfavorecidos de la población, el tercero es la permanencia de desconfianzas, reales y de un estilo "chicanero" dentro del conjunto de actores del campo democrático y popular, y el cuarto consiste en la indiferencia del debate ideológico, político y de la lucha reivindicativa.

Al escenario del Congreso pedagógico subviven con la lucha los actores colectivos del campo democrático y popular. Estos actores colectivos están enfatizados en diversos partidos políticos nacionales, en premios de tradición democrática, cuya tradición *ad hoc* a los partidos y a las ollas de cada época y su tradicional vocación por enemigos los predisponen a colisionar en otra lado, pose a que evocan la independencia de sus respectivos discursos. El Poder, digo, el del Sistema, el de la monografía que conforta, pero también los micropoderes que se instituyen alrededor de nosotros y a muchos de los cuales nos vinculan pertenencias y protagonismos.

Entre algunos grupos de ciudadanos, pero fundamentalmente en algunos actores sociales colectivos, persisten además estilos de acción que llevan a pensar en la existencia de un cierto impulso suicida en

Congreso Pedagógico Nacional

Aspiraciones, conspiraciones y realizaciones

Cecilia Braslavsky

S alvo raras excepciones, la historia de las políticas educativas argentinas es la historia de decisiones que los partidos o corporaciones en ejercicio del gobierno intentaron imponer a la sociedad. En efecto, el estilo más habitual de definir lo que se deseaba hacer con el sistema educativo fue siempre reunir a grupos de asesores, generalmente designados a partir de vinculaciones personales con los altos funcionarios de turno o de su pertenencia a corporaciones afines a esos funcionarios, alrededor de una mesa para que ellos dijeran qué medidas llevarían a cabo y luego procurar imponerlas. El Congreso pedagógico es un intento de escapar de allí imaginariamente que las nuevas ideologías culturales no restituían la seguridad que perdimos. Si nos instalamos en la "posmodernidad", abrimos de un tajo el futuro. En tanto a los intelectuales peronistas críticos —no queríamos incluirlos— suelen extraerlos de este bosquejo— empezarán a mostrar, con la victoria electoral, cuál es el alcance del criticismo ochenterista de cada uno. Los aguarda ahora su propio "realismo".

M e interesa, en cambio —o apuesto yo—, ese lugar errático, en los "bordes" (tal vez otra ilusión) en que deambula una fragua de argentinos jóvenes y maduros (nada de demagogia generacional) que busca una reflexión desdogmatizada, un pensar sin garantías fiduciarias. Emergentes de los remezones y desajustes de los setenta, reconocen las incertidumbres como tierra propia para la reflexión teórica y no disimulan ni se desilusionan la precariedad y provisonalidad de ese lugar, que se muve y remueve constantemente. Atomizados muchos, en errabundas moléculas grupales otros, también ellos deben ser incluidos en la alegoría y sus analogías. Quiero decir, también ellos pueden andar, más tarde o más temprano, en un puerto de aguas perjudicadas. No hay quechen en blanco para nadie.

P ero la práctica cotidiana del Congreso pedagógico está demostrando que no es tan sencillo romper con una afosa tradición de construcción autoritaria de la educación. El parlamento, con la ayuda del Poder ejecutivo y de numerosas organizaciones y personalidades, en su mayoría proveniente de los partidos políticos democráticos, montó un gran escenario. A ese escenario subieron actores diversos y de su actuación resulta en más de una ocasión un conjunto de reflexiones y pronósticos que bien podrían haber sido el fruto de las sesiones de una comisión nombrada por un gobierno de facto. ¿A qué se deben estas situaciones? ¿Qué está conspirando contra el surgimiento de un congreso pensado por muchos como democrático y popular de una propuesta educativa coherente, democrática y popular?

P or otra parte, al escenario del Congreso pedagógico llegaron los ciudadanos individuales portando sus orientaciones ideológicas respecto de la educación. Las mismas fueron construidas en los últimos años, en las condiciones ya medianamente descriptas. Esos ciudadanos recibieron durante mucho tiempo muy predominante el mensaje verbal y no verbal de los grupos estructuradores a los que se hacia referencia en el párrafo anterior. De ese mensaje forman parte las consignas tales como: "el que no aprende es porque no le da la *beca*", "todos tienen las mismas oportunidades educativas", "en nuestro país el que quiere puede estudiar en la Universidad".

De acuerdo a investigaciones recientes numerosas familias y jóvenes estaban de acuerdo con estas consignas en 1983 y muchos siguieron estando varios años después. Más aún, todos sabemos que existen maestros con fuerte sensibilidad social que también lo están y que así estos maestros inconscientemente y como producto indeudado de sus años de aislamiento y de imposibilidad de debate fundido acrecen el sentido social de la educación, actúan en las escuelas con un gran amor y una gran ternura, pero a veces sin entender a sus alumnos que aprenden aquello que necesitan para subir luego a otros escenarios sociales, mundos de algunos herramientas que ellos pueden proveerles para la lucha contra enemigos de si.

Entre algunos grupos de ciudadanos, pero fundamentalmente en algunos actores sociales colectivos persisten además estilos de acción que llevan a pensar en la existencia de un cierto impulso suicida en

socios relevantes de la sociedad argentina. En efecto, no faltan encuentros del Congreso pedagógico donde representantes del estado o de algún partido político mayoritario caigan en la tentación de chantear toda la reunión, de apelar a agresiones personales, de demostrar su recelo y desconfianza. Es verdad que estas reacciones son cada vez menos frecuentes. Es verdad también que frente a las mismas existe un creciente control social y es verdad que como contrapeso a su apariencia, se han generado espacios de convivencia democrática y creativa popular. Pero nadie que haya participado de actividades del congreso puede negar que la chicanera, el internismo y la agresión han llevado a veces a confrontar al oponente con el enemigo y han impedido la elaboración consecuente de un consenso mínimo democrático y popular para la educación argentina.

También ha conspirado contra la provisión de un contenido democrático y popular al Congreso pedagógico la fuerte indiferencia que han tenido en estos años el debate ideológico, la lucha política y la lucha reivindicativa. En efecto, desde 1984 hasta la fecha no se ha podido activar distinguendo tres plazos, que aunque muy ligados entre sí, a veces debieran diferenciarse para poder avanzar. Así es como en ocasiones no se sabe si se están discutiendo ideas a cerca de como debe ser la educación argentina (debate ideológico), cursos de acción acerca de cómo alcanzar las metas que se proponen (lucha política), o necesidades concretas de grupos de personas (lucha reivindicativa). Más aún, como resultado de esta indiferencia a veces ha resultado que actores sociales colectivos, por ejemplo, algunos gremios docentes, subsumieran o redujeron toda su reflexión y todas sus acciones a uno o dos de los tres plazos posibles: por ejemplo, al plano de retrovisor a través de una justa lucha por salarios más altos. Paralelamente desaprovechaban a través de ese reduccionismo el hecho de que la combinación de esa lucha con otra, por ejemplo para mejorar la calidad de la educación primaria, podría haberles acarreado mayores solidaridades.

L as actividades del Congreso pedagógico, además, permitieron avanzar en la discusión de elementos que deberían integrar ese proyecto. En este sentido, puede decirse que permitieron equilibrar ciertas antinomias que hasta hace algunos años aparecían como irreconciliables. Es así como antes, quienes reivindicaban el sentido nacional de la educación, desfeden la importancia de los aportes en ciertas áreas del conocimiento, que pueden tener validez universal (por ejemplo en el terreno de la teorización, la biología genética y la física atómica). Hoy esto ya no sucede. En muchos escritos de partidos, organizaciones intelectuales y políticas con tradición de defensa del patrimonio cultural nacional, se reconoce junto a la necesidad de dedicar más atención a la educación argentina un carácter nacional, la necesidad de que a través del sistema educativo se acerque a la población a la ciencia moderna. Por otra parte, quienes hace también algunos años buscaban a veces imponer a grupos culturales que habían producido conocimientos universales válidos en el terreno científico, han avanzado en la toma de conciencia acerca de la necesidad de respetar las idiosincrasias locales, regionales y sociales. Un interesante ejercicio de democracia para las actividades que restan del Congreso pedagógico sería intentar ubicar más ejemplos de superación de viejas antinomias ideológicas y generar cursos de acción para cada uno de los puntos de convergencia que se puedan conformar. Otro ejercicio, ahora para cada grupo social o para las organizaciones que los representan, podría consistir en imaginar cómo combinar el apoyo a estos cursos de acción con la prosecución de las luchas reivindicativas. Si se logra avanzar en estos caminos, el Congreso pedagógico habrá sido un éxito, aunque tal vez no surja de él un "proyecto educativo nacional y popular coherente", que tenga la forma de un nuevo libro gordo de Peter.

R especto de la primera aspiración del Congreso pedagógico pueden esperarse a esta altura de su desarrollo dos desencuentos. El primero es que al analizar el conjunto de sus actividades, deliberaciones y aportes puede evaluarse que se han interpretado las necesidades de la población en materia educativa y se ha recuperado la creatividad popular para su mejor atención. El segundo es que esto no ha sucedido, que las propuestas sean un conglomerado inorgánico de iniciativas o que sean el proyecto educativo de los supuestos iluminados de siempre. Es probable que en el segundo caso evaluadores apresurados dentro del campo democrático y popular sentian la tentación de evaluar al Congreso pedagógico como un fracaso.

Sin embargo la gran realización del Congreso pedagógico puede llegar a ser su incapacidad para permitir el surgimiento de un programa educativo democrático y popular coherente. En efecto, la idea del congreso y su organización estuvieron fuertemente impregnadas de componentes utópicas. Entre estos componentes pueden mencionarse: a) la idea de que los actores sociales pueden tener el mismo peso en los debates, al margen de su his-



Política y Cultura

Las relaciones del estado con la cultura son, en democracia, un tema espinoso, antes cubierto por interrogantes que por

certezas. El problema de la política cultural de los gobiernos, del papel de los administradores, de los alcances en materia de apertura o de intervención, dista de estar claro para nadie que no sean los autoritarios de siempre, con uno u otro signo. En esta aproximación al asunto de *La Ciudad Futura* se incluyen entrevistas a Marcos Aguinis y Javier

Torre, puestas en contrapunto con un enfoque sobre la política oficial para la cultura de Beatriz Sarlo. El artículo de Sarlo aborda cuestiones fundamentales, como es el vínculo entre pluralismo irrestricto y calidad de la oferta en los organismos culturales del estado, el presupuesto, la

autonomía y los medios de comunicación masiva. Básicamente, su trabajo tiende a plantear que la mera redistribución de bienes simbólicos parece una actitud

insuficiente si no va acompañada por otras instancias prácticas.

Conversación con Javier Torre

Al San Martín no hay que dejarlo crecer

Antonio Marimón

«Cuál es la política del Centro Cultural General San Martín?»

cada trabajador intelectual que hace un aporte, ya sea pequeño o grande, además del reconocimiento y del encuentro con el público, tiene que ganar algo, una lógica remuneración. En esa meta he fracasado. Nunca hemos logrado presupuestarlo para ello. Este año, en octubre nos quedamos sin dinero para pagar a los artistas: tenemos que decirles que su trabajo no será remunerado. Es realmente muy triste. Por razones de dureza y de sentido común el trabajo cultural ha de tener su gratificación, ¿verdad? Creo que ha prevalecido en la asignación del presupuesto un criterio elitista. El Teatro Colón tiene 35 o 40 veces más presupuesto que el Centro Cultural. Con el gasto para la puesta de una ópera en el Colón, todos tenemos, esto convocó mucha gente y la sigue convocando. Reflejar distintas variantes de pensamiento y todas las vertientes del espectro de la cultura democrática, tratando que el que tiene algo que decir encuentre un lugar, esa es nuestra intención. Así estamos llegando a los 5 millones de personas que han pasado por el Centro Cultural en casi cuatro años de actividad. Es un número atractivo, creo que es un pequeño hallazgo. Se trata de una labor de la que participa la comunidad; el amar de casa, el empleado, los jóvenes, el hombre de la calle, etcétera. Se dio así desde el principio y llama bastante la atención.

«El presupuesto es suficiente o no?»

Es una impresión que tengo, muy subjetiva. A la participación se la declama a menudo, pero la participación auténtica de los hechos no gusta a muchas personas. De pronto, para nosotros se trataban los expedientes, se postergaban las notas, entonces, es el nuestro un público diverso y demoran los más simples gestos burocráti-

cicos. Creo que el San Martín con todos sus defectos, y yo soy el primero en ponérme en el banquillo de las fallas, es importante. Nosotros seguimos luchando por la autonomía, y la autonomía nunca nos la dieron.

«Cómo es el público que asiste al San Martín?»

Es el público más diverso que te puedes imaginar. Encontrás el estudiante, el ama de casa o el empleado de clase media típica, también el jubilado y hasta el marginal. Si al San Martín vienen marginados y siempre he sentido el mismo respeto por ellos que por otros concurrentes. Son, aunque no gusten, una cara de la realidad argentina. A veces vienen, dicen pavadas, y bueno, son existentes. El intelectual tiene delante un mosaico de la realidad multitudinario, mucho más fuerte que el que le es conocido. No soy un partidario de la juventud por sí misma o desde un punto de vista romántico, pero se ha incrementado el público joven y eso me gratifica. Es un público que hace largas colas, participa en debates, le da mucha vida a los encuentros.

«Este panorama fue planeado previamente, o es que se dio así?»

No, salió así. Acá no se convocó a un sector del público en particular. En 1983, el año de mi llegada al San Martín, vivieron 23 mil personas. O sea, 2 mil personas por mes. Nosotros, al año siguiente, ya estábamos en un millón de presentaciones, se postergaron las notas, entonces, es el nuestro un público diverso y marcó a quien quisiera clavar a alguien. La



gente defiende al que está actuando; ese espectro es muy lindo. Yo estoy enamorado, más, que nada, del público del San Martín. La gente está ahí, hace dos horas de cola en ocasiones. Cuando vine Zarauz, en Argentina, el director me presentó su película antes que empezara la función, es un sistema que no se estila entre nosotros. El empezo a hablar y no faltó una voz gritando: «Queremos ver la película». No se imaginan cómo la gente salió a defendelo al polaco, como si fuera del barrio. La interrelación gente-hombre de la cultura acá es magnífica. Una fantasía mía, cuando termine mi tarea en este lugar, es hacer un centro cultural en un pueblo del interior. Me animo a hacerlo con un cuarto y veinte sillas. La gente, cuando la dejás, aflora lo suyo: su cuento, su canción, su duda, su disenso. Eso me tiene mucho.

«Vos tenés ideas específicas sobre los medios de comunicación. ¿Qué dirías de su papel actual?»

Lo primero es que uno de los motivos de que el radicalismo perdiera las elecciones fue por mal manejo de los medios. No digo que no los use demagogia, todo lo contrario. El radicalismo perdió entre otras cosas a través de los medios, porque le dio basura a la gente. Y el argentino, aunque se crea que con María Casán lo satisfacen, se escapa; nosotros somos un pueblo que quiere nivelar por arriba. El argentino es serio, vive el conflicto social, quiere que mejoren las cosas. Acá se creyó que los medios tenían que trabajar

para Jamaica o Haití, se usaron para estuporizar en estos cuatro años. Los medios tienen que ser para ennobecer, para permitir el disenso, para sembrar solidaridad y para permitir la libre expresión, cosa que tampoco existe. Mientras la sociedad necesita avanzar, los medios retroceden a los peores momentos del Proceso. Hubo un desmantelamiento en el medio que se lo propuso a la gente, esto se reflejó en las elecciones. Los candidatos de plástico publicitados con todo el lujo de los medios, y con sus medios más triviales, y quiénes ganaron? Por la vieja relación del peronismo con la sensibilidad popular ganó el peronismo. Después discutimos si sus candidatos van a gobernar bien o mal, pero es un hecho que ganaron porque salieron del embuste que propone el manejo de los medios.

«¿Cuál es tu criterio para que cambien?»

Yo hice una propuesta cuando dirigí ATC por veinte días. Democratizar el canal, convocar a los creadores de la cultura, rechazar la vulgaridad, grosería y estupidez. Que los estatales medios tuvieran sus espacios, que las minorías tuvieran un espacio: marginados, homosexuales, mujeres, gente vinculada con etnias y que se vea reflejada de manera sórdida por los medios. Pero hay muchos obstáculos, ¿qué es el principal obstáculo? Primero existen intereses creados para desarrollar un proyecto así, aunque también hay una cosa peor: miedo a que los medios problematicen a los señores del poder. Y es tal cual.

Conversación con Marcos Aguinis

Seguimos obstruidos por concepciones autoritarias

Guillermo Ortiz

«La reforma cultural implica una modificación sustancial en la concepción de ciertos axiomas y valores.»

—Ocurre que revisar algunos principios ya internalizados siempre es doloroso y resistido. El hombre le teme al cambio y todas esas modificaciones no pueden hacerse de forma espectacular ni metódica. Este programa fue lanzado en 28 de abril del año pasado y presentado a la UNESCO en el año '85. En cuanto al espíritu que lo anima, podemos pensar en lo que actualmente está produciéndose en la Unión Soviética con Gorbatchov, al poner el acento en el cambio de mentalidad, a la par del económico, para una población que estuvo sometida durante décadas a un sistema centralista, vertical y autoritario. Es lógico que allí los resultados se den de manera más acelerada al utilizar instrumentos de adoctrinamiento que son precisamente los que nosotros queremos evitar. Pensamos en un camino más difícil y menos rimbombante que consiste en huir de la mecánica de la imposición, del "lavado de cerebro", enfatizando la necesidad de que podriamos denominar el autodiagnóstico. Que la gente, a través de diversos espacios de reflexión y debate, se anime paulatinamente a participar, a abandonar la tipología de receptor pasivo del hecho cultural.

—¿Cuáles fueron las ideas que se pusieron en marcha?

—En la Secretaría de Cultura pusimos en marcha varios proyectos: uno de ellos ha



mi gestión fue muy tomada en cuenta la situación de las bibliotecas populares y comunitarias, donde no solo buscamos que haya libros sino que se conviertan en lugares de reunión. Existen 1.800 bibliotecas populares y estatales en una agresiva política de reactivación de todas ellas, en su mayoría cerradas a fines del siglo pasado por hombres que ponían parte de sus sueldos en esa empresa y que el tiempo que fueron dependientes. A través de un plan especial pudimos dotarlos de 300 mil libros nuevos y estamos procurando afianzar los contactos con cada una de ellas para volverlas a convertir en centros de irradiación cultural. Recuerdo que cuando se sancionó la nueva ley de bibliotecas populares, alrededor de 500 enviaron cartas al Senado apoyando esta nueva ley, que reformulaba la vieja de Sarmiento. Fue apabullante. Los señadores no tuvieron más remedio que acelerar su sanción.

—Y con respecto a los museos?

—Los nuevos fueron objeto de una política a nivel nacional que no se había dado hasta el presente en la historia del país. El año pasado, por ejemplo, tuvo lugar en el homenaje al Festival de Bariloche; asimismo fundamos el MATRA, mercado de artesanías tradicionales argentinas en el que trabajan 80 mil obreros, y que tiene el objetivo de estimular a los trabajadores de artesanías que son uno de los sectores poco remunerados y además explotados por la red intermediaria. En

—Y de acá al futuro?

- Recientemente el programa fue trasladado al área de la Presidencia de la República y esto implica una refundación de su estructura. Estamos por crear un Centro de Consultoría para la elaboración de nuevos miniprogramas participativos aprovechando lo que ya hemos hecho para trasladarlo a otros ámbitos. Estamos en contacto con varios países que desarrollaron programas parecidos al nuestro (España planteó en la última reunión de la UNESCO la aplicación de nuestra iniciativa a escala mundial), como es el caso de los países escandinavos, que consiguieron una enorme participación a nivel de los municipios, al punto que la mayor parte



Tren de las artes

Cultura con trocha y camión

Guillermo Ortiz

Estación Federico Lacroze. Enfrente, la callada escenografía de ángulos y cúpulas. Todavía rastros de silencio y mudanza flotando en los andenes y el penetrante olor de los puestos de flores que rodean el cementerio. La muerte y su fuerza. La lluvia empieza a filtrarse por los amplios ventanales de la gran estación, con el paso apresurado de algunos viajeros y la mañana que se va haciendo de marmulón y despedida. Es el sábado 12 de setiembre y un tren parte rumbo a la Mesopotamia. Son seis vagones y la locomotora. A último momento, dos nuevos coches son enganchados a la cola y serán desenganchados automáticamente en Curuzú Cuatiá, Saladas y en la propia ciudad de Corrientes. Sólo dos vagones; en uno de ellos, se acondicionó un delgado salón de exposiciones con pinturas y tapices, artesanías y fotos. En el otro, se instaló un microscópico espacio para 45 personas sentadas. ¿De qué se trata? Del "tren cultural", no de otra cosa. O bien, "el tren de las artes", como advierten al unísono las dos personas de la Secretaría de Cultura, el coordinador y el técnico que forman parte de la travesía. "No conviene llamarlo tren cultural —aclaran— porque la gente del interior lo asocia a un proyecto de los últimos años del Proceso que tenía esa denominación. Y que no sirvió para nada. Nuestro proyecto es distinto ya que el enfoque, el espíritu y la intención cambiaron radicalmente. Aquel 'tren cultural' simplemente llevaba algunas cosas al interior del país para mostrarlas y nada más. En cambio, este 'tren de las artes', exclusivo de la democracia, no solo lleva cosas de acá sino que vamos incorporando otras a medida que hacemos el recorrido. No trasladamos 'el saber de la capital' dejando al resto como meros receptores pasivos, sino que nos interesa que nuestros compatriotas funcionen participativamente incorporándose a través de sus propias expresiones culturales". El proyecto está organizado por el área de Proyección y Cooperación sociocultural de la Secretaría de Cultura de la Nación y se implementa junto a las direcciones de Cultura de cada localidad a las que se avisa el día de llegada del convoy para que ultimen los preparativos y la recepción.

Una suerte de acontecimiento puerilero o festividad de provincias que viene a exhumar aquel espíritu trashumante y desmañado del viejo comediante. El tren recibe trabajos de artistas de diverso tipo del interior del país que llegan a Buenos Aires antes de la partida y otros que se suman en el lugar. La histoi-

de la recaudación queda en los mismos municipios, ya desentendidos de las arcas centrales. En estos momentos también estamos en la preparación de encuentros y seminarios con las áreas de extensión universitaria de todo el país, la Universidad Tecnológica Nacional, conjuntamente con hospitales y entidades vinculadas a la psicología social, abriendo seminarios y talleres.

—¿Existirían grupos visibles de oposición al proyecto?

Sí. La gran prensa del país, que es de derecha y, en la mayoría de los casos, no democrática.

remitido por la Secretaría y dirigidos por Oscar José Viale.

Una de las imposibilidades que tenía el proyecto estaba dada por el cambio de trocha. En este momento el acuerdo se circunscribió al General Urquiza, pero continúan las gestiones con las otras líneas para incorporar el norte y la Patagonia y otros ramales alejados en los tramos de excursión.

No solamente esté pensado para los niños de escuela sino para adultos y distintos habitantes de pueblos y cercanías. El material es variado y por las noches, además del microcine del tren, suelen aprovecharse las salas del lugar organizándose funciones simultáneas. También, si se hace un encuentro de dibujo se utiliza el anfiteatro para intercambiar experiencias con los artistas del lugar. "El tren no es más que un símbolo, el punto de partida para otros desarrollos de la misma índole", concluye con un pie en el estribo el coordinador. Se está trabajando en ese sentido con el "Lleva-sueños", un camión que durante el año pasado recorrió quince capitales de provincia del noroeste y Cuyo, y en el que viajaron algunos narradores de cuentos infantiles junto a un denominado "módulo de bibliotecas mínimas", especie de mini-estante cerrado de madera con 100 volúmenes que se deja en el lugar como donación después del trabajo recreativo. A finales de este mes, el "Lleva-sueños" recorrerá la provincia de Buenos Aires, más allá de Bahía Blanca, teniéndose en Carhué, Phile, Coronel Suárez, Tornquist y Médanos. Una moderna troupe en cuatro nuedas teatral y casi juglaresca. Y para el futuro próximo, ya se está pensando lo que se llama "posturas culturales de interior interior", trabajo multidisciplinario entre las provincias sin la intermediación de Buenos Aires, que llevará a organizar semanas jujeñas en Tierra del Fuego o correntinas en Mendoza. Hipóstasis todas motorizadas por el común denominador de la participación y la necesidad de vincular las distintas culturas de nuestro paisaje. Una forma de evitar el aislamiento y no aparecer extraños los unos a los otros. Porque no hay una cultura nacional ni un arte argentino, sino muchas argentinas y, por lo tanto, ninguna exclusiva para nadie.

La afirmación del pluralismo es el rasgo básico que sustenta las dos entrevistas anteriores. Los discursos, en cambio, tienen modalidades diferentes: por un lado, la exortación antiautoritaria de Aguirre, mezcla de clíses y proposiciones pragmáticas; por el otro, el enunciado de una práctica, apoyado en una experiencia exitosa, de Javier Torre. La profesión del pluralismo es una de las condiciones para diseñar políticas culturales no autoritarias: se trata de un piso, pero no alcanza para articular un proyecto, sobre todo porque una política cultural desborda el marco, sin duda exitoso, de un centro en particular. Despues del pluralismo, ¿qué?

Existen tensiones que el discurso radical no sospecha. En primer lugar, entre políticas emitidas desde el estado y las políticas definidas por los ciudadanos. En segundo lugar, el gobierno no ha emprendido a enfrentar el problema: cuando se producen conflictos con las fuerzas del mercado (el caso de los canales de televisión, por ejemplo), los funcionarios de la cultura no tienen propuestas o carecen de apoyo político para llevarlas a la práctica. El paso vertiginoso de Torre por Canal 7 es, sin duda, una muestra de lo que respecta a la relación entre las redes y la distribución.

Inmerso en el líquido de la "reforma cultural", Aguirre no parece haber reflexionado suficientemente sobre qué significa una política en este nivel, cuyo diseño no surge de la suma de iniciativas locales. Al no registrar las tensiones entre una organización planificada y lo que efectivamente existe en el mercado, los organizadores culturales del radicalismo operaron, en verdad, como si el mercado no existiera. Crearon espacios gratuitos de circulación de bienes simbólicos (una especie de abundancia, efecto de labores como la de Torre) o reforzaron espacios subvencionados, como los grandes teatros oficiales. Pero no se plantearon lo que parece esencial en una sociedad más o menos moderna como la argentina, donde los espacios gratuitos de distribución, o los semigratuitos y subvencionados están en relación de contingüedad y competencia, generalmente desventajosa, con las ofertas que despliega el mercado, caracterizadas por su gigantesco poder de atracción, en especial las emitidas desde los grandes medios de comunicación de masas. Allí están algunos de los puntos ciegos de la política radical en el plano de la cultura: omisión de una ley de libro; ausencia de iniciativas para el equipamiento de la industria editorial; imposibilidad de dictar una ley de comunicaciones (hoy se afirma que se privatizarán algunos canales de televisión antes de que esa ley sea dictada, lo cual parece grave); manejo errático de la televisión en manos del estado. Respecto de las relaciones entre estado y mercado no hay discursos, grandes lineamientos, política ni planificación.

La considerable oferta emanada de agencias como los centros culturales de capital e interior no puede ser substituida. Capas media urbanas y algunos fragmentos marginales o populares se beneficiaron con ella y circularon por las tramas, efectivamente abiertas, de los centros culturales, que, en muchos casos, se convirtieron no sólo en canales de distribución, sino en espacios creativos de nuevas modalidades de recepción y comunicación horizontal. Si tuvieras que hacer un balance, diría que es lo mejor de la políti-

Después del pluralismo, ¿qué?

Beatriz Sarlo

tica radical en el plano de la cultura. Y sin embargo, estos canales de distribución se vieron afectados por dos hechos que Torre menciona en su reportaje: la exiguidad del presupuesto y la falta de autonomía administrativa de los centros culturales. Son, por eso, agencias débiles en la relación de competencia; limitadas en sus posibilidades de planificar la oferta; reducidas, a menudo, a dar espacio sólo a quien lo pide aceptando de antemano las condiciones de penuria económica. La escasez presupuestaria, en mi opinión, no puede sólo explicarse por la crisis económica, sino también por la muy medida atención que el radicalismo ha proporcionado al problema de competencia y coexistencia entre las redes y las estaciones y las privadas en la producción y distribución cultural.

Los funcionarios radicales, tanto en el nivel de ejecutivos como en el de funcionarios técnicos, tienen una visión de las estrategias institucionales, toman la estructura institucional estatal y trabajan, con mejor o peor fortuna, para transformar las fuerzas del mercado (el caso de los canales de televisión, por ejemplo), los funcionarios de la cultura no tienen propuestas o carecen de apoyo político para llevarlas a la práctica. El paso vertiginoso de Torre por Canal 7 es, sin duda, una muestra de lo que respecta a la relación entre las redes y la distribución.

Inmerso en el líquido de la "reforma cultural", Aguirre no parece haber reflexionado suficientemente sobre qué significa una política en este nivel, cuyo diseño no surge de la suma de iniciativas locales. Al no registrar las tensiones entre una organización planificada y lo que efectivamente existe en el mercado, los organizadores culturales del radicalismo operaron, en verdad, como si el mercado no existiera. Crearon espacios gratuitos de circulación de bienes simbólicos (una especie de abundancia, efecto de labores como la de Torre) o reforzaron espacios subvencionados, como los grandes teatros oficiales. Pero no se plantearon lo que parece esencial en una sociedad más o menos moderna como la argentina, donde los espacios gratuitos de distribución, o los semigratuitos y subvencionados están en relación de contingüedad y competencia, generalmente desventajosa, con las ofertas que despliega el mercado, caracterizadas por su gigantesco poder de atracción, en especial las emitidas desde los grandes medios de comunicación de masas. Allí están algunos de los puntos ciegos de la política radical en el plano de la cultura: omisión de una ley de libro; ausencia de iniciativas para el equipamiento de la industria editorial; imposibilidad de dictar una ley de comunicaciones (hoy se afirma que se privatizarán algunos canales de televisión antes de que esa ley sea dictada, lo cual parece grave); manejo errático de la televisión en manos del estado. Respecto de las relaciones entre estado y mercado no hay discursos, grandes lineamientos, política ni planificación.

La otra cuestión importante es mencionada por Torre en el final del reportaje: los medios de comunicación de masas y, en especial, la televisión. La "reforma cultural" de Aguirre es casi tan general como abstracta ("la cultura debe ser permanentemente reinventada de los modos más diversos", etc.) y el gobierno radical no ha podido o no ha querido enfocar el problema bien concreto de los canales televisivos que, hoy por hoy, son los emisores más poderosos en el ámbito de los sectores medios y populares. La televisión queda habitualmente al margen de los discursos oficiales sobre la cultura y el gobierno parece capturado en la plena de los intereses privados que lo influyen poderosamente y clandestinamente, controlado por los voceros mediáticos de esos intereses, que agitan la consigna de libertad de prensa y libertad cultural para expulsar al estado de los medios de comunicación masivos.

Como sea, lo cierto es que el gobierno no se ha movido en la dirección de un canal público de televisión (punto que está contemplado en la plataforma radical) y sigue asistiendo a la competencia caótica entre los propios canales que administra, sin haber logrado, tampoco, diseñar una política eficaz para el canal 7 que, por el momento, es el que seguirá en propiedad del estado. Hay varias razones para que esto haya sucedido así. La primera es la dificultad insuperable con que tropiezan funcionarios del área cultural para implantar algún tipo de autoridad sobre la televisión del medio televisivo. A ello sigue, luego, que el estado demócratico tiene, como una de sus funciones, la de ampliar los límites sociales tradicionales de la circulación y la producción cultural, incorporar nuevos sectores, restructuring las posibilidades de acceso. Finalmente, y esto me parece importante, decidir un conjunto de intervenciones encaminadas a promover líneas y tendencias que, en razón a sus intereses y a su dinámica capitalista, la industria cultural rechaza.



certezas no debatidas, pero, al mismo tiempo, se revela insuficiente. En este punto, quisiera volver a la relación, no problematizada por los funcionarios radicales, entre las redes culturales del estado y las de la industria y el mercado.

El estado mantiene sus redes culturales por varios motivos. En primer lugar, porque no hay otros actores sociales que quieran tomar a su cargo muchas de estas agencias o instituciones. La burguesía argentina parece poco inclinada a repetir las experiencias de sus pares europeos y las fundaciones privadas sólo asisten al evento de manera ilustrativamente ahortaria.

En segundo lugar, porque el estado democrático tiene, como una de sus funciones, la de ampliar los límites sociales tradicionales de la circulación y la producción cultural, incorporar nuevos sectores, restructuring las posibilidades de acceso. Finalmente, y esto me parece importante, decidir un conjunto de intervenciones encaminadas a promover líneas y tendencias que, en razón a sus intereses y a su dinámica capitalista, la industria cultural rechaza.

Respecto de este último aspecto, el estado tiene en el campo de la cultura no sólo una función redistributiva sino una función de punta. La redistribución más igualitaria afecta a los sectores populares y medios. La función de punta tiene que ver con la experimentación, con el despliegue de estéticas nuevas, con el apoyo a líneas de investigación artística que, por lo general, no son recopiladas ni promovidas en el mercado, controlado privatamente, de bienes culturales. Una mera reacción al pluralismo antiautoritario no alcanza para comenzar a pensar este problema. Vinculado como lo está a las relaciones entre estado y mercado, me parece un nudo central que la política cultural del radicalismo no se ha planteado seriamente. Y esto afecta, en primer lugar, a los sectores populares que, por muchas razones, tienen menores posibilidades de opción frente a las propuestas invasoras de los intereses privados y más groseramente comerciales. Probablemente esta sea la razón de que, en cuatro años, no se haya aprobado una ley de comunicaciones que, si se es coherente con las declaraciones de pluralismo, debería ser antimonopólica.

Estos temas que, en estado práctico, aparecen en las intervenciones de Torre, están llanamente ausentes de los discursos pronunciados por Aguirre. La ausencia de políticas culturales que vayan más allá de la afirmación de democracia y pluralismo, puede tener consecuencias justamente contrarias a la vocación participativa que los discursos enuncian. Quiere decir: la ausencia de política en relación a otros poderosos agentes privados, implica, como ha sucedido en el caso de los grandes medios de comunicación visuales, tener sólo un modelo mimético frente a la iniciativa que queda, por ende, en el campo de los empresarios culturales privados.

La idea que falta también en las políticas radicales es el de espacio y la gestión pública de las agencias culturales. El discurso oscila entre una referencia a los ciudadanos (dimensiones liberales) y una referencia a los sectores populares, marginados, minorías (versión demócratico-popular o populista, según los casos). Pero son referencias a sujetos individuales o colectivos más que a formas organizativas en las cuales esos sujetos podrían desempeñar proyectos autónomos tanto del estado como del mercado. Soy consciente de que esta alternativa es complicada, pero la sociedad misma la está favoreciendo, sin que el estado haya hecho nada para aclararla y, en casos, la ha perjudicado. La multiplicación de emisoras locales de radio, de gestión pública y comunitaria, marca una dirección que las políticas culturales del radicalismo no ha comenzado a explorar y, si quisiéramos, ha incorporado concretamente a su discurso. Oscilando entre la abstracción y la práctica, el espacio del diseño a mediano plazo ha quedado desocupado.

Gramsci en Chile

Reflexiones acerca de un pragmatismo iluminado

Eduardo Sabrovsky

"Las herejías que debemos temer son las que pueden confundirse con la ortodoxia". Jorge Luis Borges. Los Teólogos

Nos proponemos en este artículo desarrollar la tesis de que la vigencia actual de Gramsci en Chile, a cincuenta años de su muerte, se relaciona con una profunda crisis del tipo de relación entre teoría y práctica que ha establecido tradicionalmente la izquierda marxista chilena. Esta crisis se pone de manifiesto ya durante el gobierno de Salvador Allende, constituyendo una de las

componentes de su derrocamiento, y se manifiesta en la actualidad en la incapacidad de la izquierda para articular al conjunto de la oposición en una estrategia antidictatorial. Más precisamente, las ideas que nos proponemos desarrollar son: La primera establece que la relación teoría-práctica ha tendido a ser extrema, ya que una unidad ha sido ilusoria, encubriendo en su interior contradicciones y conflictos; la segunda, que la conciencia práctica, se debería desplegar la verdadera conciencia teórica de la izquierda. Sin embargo, su contenido no emerge en el discurso teórico y con ello, es negado allí donde debía alcanzar su plenitud: el resultado es un silencio teórico, una relación externa entre teoría y práctica, de acuerdo con la cual la primera hace las veces de envoltorio retórico de la segunda, aunque sus contenidos sean

vidad política de la izquierda chilena hoy a través de cauces informales: cuestiones decisivas para la constitución de la Unidad popular, decisiones políticas trascendentales del gobierno de Salvador Allende son tomadas en algunas de las múltiples instancias de sociabilización de la izquierda chilena, antes de ser recibido el visto bueno oficial de un comité.

Sin embargo, la buena conciencia de

de serios cruces, desencuentros. La segunda, que este modo de relación ha hecho crisis, y que la divergencia actual en el interior de los partidos políticos de la izquierda, que incluso atraviesa al partido comunista, responde a diversos proyectos de reparación, de reunificación de la teoría y la práctica. Y por último, que Granicourt, y particularmente el concepto de hegemonía lo constituyen el lugar teórico en el que se configuran las tensiones entre la izquierda chilena es estrechamente lenista en materiales de organización; la estrechez de esta concepción, sin embargo, su incapacidad para servir como vehículo para una política de avanzada en la sociedad chilena, ha quedado de manifiesto ahora, cuando la represión obstaculiza el funcionamiento de las instancias informales, y los partidos se ven reducidos a operar con su orgánica explícita. Es decir, la

donde esta crisis ha quedado descubierta, y desde el cual es posible plantearse la cuestión de la izquierda.

Resulta inevitable comprobar cómo una cierta prescindencia teórica, que contrasta con una práctica rica y creadora, ha sido una constante histórica de la izquierda europea. La cuestión se plantea en la inserción cultural, que la lleva a atribuir sus victorias a una relación privilegiada con la realidad, posibilitada por la posesión de una hermanamiento que le da acceso al sustrato último de lo real: la ortodoxia marxista-leninista.

La pauperización de la vida política de la izquierda, de la cual cualquier militante podría dar fe, no es producto, como a veces se pretende, de una mala aplicación teórica o orgánica. Puede ser, por el contrario, el resultado de su operación dirigida a un irrevocable y permanente

La explicación de esta carencia de consumación teórica de la práctica hegemónica, desde la cual ella misma —la teoría— habría operado como factor de hegemonía y cohesión del bloque histórico radical entonces, no en una mera ausencia, sino en la ocupación del espacio teórico de la izquierda por parte de un producto de siglo distinto, una ortodoxia marxista correspondiente a una cierta práctica del socialismo real, pero desenazada de su suelo histórico y exaltada a la categoría de ley general subyacente a todas las corrientes

sas e indiferente a su roce, que bastaría a con aplicar. De una manera paradójica, por fidelidad a los *ídolos* de una conciencia teórica postiza, la izquierda chilena niega en su discurso explícito aquello que constituye el núcleo de su práctica. Así, mientras desarrolla una rica experiencia de trabajo con vastos sectores cristianos, adhiere a un materialismo filosófico que no ha sido elaborado en el vacío, sino en respuesta a los requerimientos de la lucha por conquistar la hegemonía cultural en países donde el clero jugaba el rol de intelectual orgánico de la autoracraía, lo cual lleva a reivindicar una concepción de la verdad de su proyecto histórico no ya como la expresión de una voluntad colectiva, de "la potencia, la terrenalidad de un pensamiento" (Marx, *Tesis sobre Feuerbach*), sino como una *verdad absoluta*, universal y coherente.

En esta perspectiva, los éxitos de la izquierda, su ascenso casi interrumpido durante las más de tres décadas que duró entre el triunfo del Frente popular y 1938, se debieron a la fuerza de la propia izquierda, que se abstuvo, entre otras razones, de un discurso explícito, a su capacidad para hacer suyo y articular en un movimiento político, de masas, el impulso democrático emanado desde un ámbito de objetividad extrahumana, y capaz de desafiar a las formas de conciencia religiosa del terreno privilegiado de la verdad. Asimismo, el largo y trabajoso proceso de la izquierda popular se debió, sobre todo, a su adhesión a un discurso popular iniciado con Rosabach que coexistió con un discurso —cuyas raíces se remontan a la II Internacional— para el cual no era necesario renunciar al idealismo.

taba pensado en el núcleo teórico de la ortodoxia marxista era una práctica muy determinada, correspondiente a sociedades en las cuales "el Estado lo era todo" (Gramsci), a una visión reduccionista de historia, a una concepción metafísico-materialista tanto de la verdad del proyecto histórico socialista como de sus portadores; todo ello se oponía a la tarea de

tos, todo esto se oponía a la idea de ensayar la práctica real, de carácter hegemónico. Por lo tanto, no es de extrañar que en instantes críticos, haya quedado al desbaratar la separación entre teoría y práctica, y que un proyecto de reparación de la crisis cesara en el plano teórico desembocara en un cuestionamiento del paradigma heredado: para el socialismo en China parece haber sonado —para variar, *post mortem*— la hora de la teoría.

Hay que tener claro, eso sí, que la teoría no es una práctica; la teoría es la práctica: una implica pensar la práctica, permitiendo que su verdad aflore al discurso crítico; la otra —presente ya a lo largo de casi toda la historia de la izquierda chilena— se propone legislar sobre la práctica a partir de una teoría caracterizada en su núcleo por representar, tanto la elevación a nivel paradigmático de una narración crucial —la Revolución de Octubre— como el ocultamiento de los indicios concretos, de las huellas dactilares de dicha operación. Una vez consumado este proceso, tal teoría quedará disponible para ser aplicada a cualquier realidad.

La noción de "aplicación" es un asunto clave para dilucidar la paradoja y límites del pragmatismo iluminado. La teoría de la aplicación constituye la versión fíosica de las relaciones entre teoría y práctica para los sectores más representativos de la tradición de la izquierda chilena. Así por ejemplo, el ideólogo y dirigente comunista Orlando Millas, en una entrevista realizada en 1981 expresa lo siguiente: "Creo que hay un período en que comienza a concocerse el marxismo, que viene desde el siglo pasado, y que se prolonga hasta el primer decenio de este siglo. El segundo es el período de la aplicación del marxismo a la realidad chilena... [que]... se extiende desde comienzos de la década del 10 hasta nues-

Por lo dicho anteriormente, sin embargo, el pragmatismo iluminado no aplicó el marxismo, sino que se insertó en

El imaginario democrático y socialista se abría paso en la sociedad chilena. Pero lo que si hizo, a través de la teoría y la aplicación, fue abandonar el terreno teórico, dejándolo a disposición de aque- llos que si estaban dispuestos a practicarlos consecuentemente. Entre los desafíos que el movimiento popular chileno ha de- dido enfrentar durante su desarrollo se encuentra la presencia constante de un grupo de ultraizquierdista, organizada en diver- sas y cambiantes fracciones, con un grado variable de influencia sobre el Partido so- cialista, y caracterizada por poner constantemente en discusión teóricamente, al margen de la trayectoria concreta del mo-

vimiento popular. En la década del sesenta, incentivada por una cierta interpretación del futuro de la revolución cubana, esta ultraizquierda incrementaría su influencia en el PS, pronunciándose en contra de la confluencia entre el centro político —el Partido radical, la Democracia cristiana y la izquierda; frente a la experiencia de la Unidad popular en Chile.

incomprensión tanto del carácter de las transformaciones que se proponía como del bloque histórico que las impulsó, desarrollando una estrategia de sobreexplotamiento por la izquierda, que fue capaz de paralizar el desarrollo de una estrategia hegemónica hacia los sectores medios y hacia las instituciones armadas por parte de la Unidad popular, dejándolas disponibles para servir de apoyo al autoritarismo conservador. Nuestra tesis es que el avance de la ultraderecha, incluyendo la profesionalización del conflicto en la sociedad chilena, fue el resultado de su consecuencia con la ortodoxia marxista constituyente del sentido común de la izquierda chilena: esta ortodoxia, tal como Gramsci se refiere a ella, se ha constituido en el vacío, sino en el contexto de la estrategia de "asalto al poder", correspondiente a sociedades "donde el estado era todo".⁴ El contexto introduce un sesgo inevitable sobre su universo teórico, incluso sobre sus rasgos aparentemente más neutrales –por ejemplo, el privilegio, ya puesto de relieve por Gramsci, del materialismo filosófico en la tradición técnica del marxismo– y determina que inevitablemente, en la *materia* *en* *ur*, nos

movemos al interior de él, estemos privilegiando ciertas formas de hacer política en detrimento de otras. La izquierda chilena exhibe así una coherencia inaccesible al pragmatismo iluminado, que la lleva a gravitar por momentos decisivamente sobre una fracción apreciable de la militancia de la izquierda. De hecho, precisamente en los momentos en que el pragmatismo iluminado alcanza su mayor grado de identificación con el imaginario democrático y socialista, la orfandad teórica en que lo dejó la concepción de la "aplicación" se hace más patente: durante toda su historia, y particularmente durante los años 60 y período de la Unidad popular, el Partido comunista chileno carece de teóricos, y el espacio teórico del movimiento popular, casi, deadir, crece, en la misma medida en que se hacen más

notorios los rasgos hegemónicos de su práctica – es crecientemente ocupado por el althusmerismo de la “ruptura epistemológica” el cual, al consagrarse el privilegio de la vanguardia en el acceso a la verdad, es incapaz de dar expresión a un imaginario de carácter nacional popular. Es la medida en que tanto partidarios como adversarios del camino hegemónico de la Unidad popular comparten el paradigma teórico de la ortodoxia, el resultado de la polémica teórica debe, inevitablemente, favorecer a los segundos: esta distinción dada de forma incondicional es la que no es puesta en duda de forma incondicional el estilo del debate, en el cual, no por casualidad, priman las citas y la hermenéutica de los clásicos.

C con el exilio y la ilegalidad post-golpe, la izquierda ha perdido su inserción inmediata en el imaginario nacio-nal-popular. Con ello, han desparecido las condiciones que hacían posible al pragmatismo iluminado, y se ha puesto a la orden del día la práctica de la unidad de la teoría con la práctica; en este ponerse a la orden del día consiste la crisis de la izquierda chilena. Por una parte reaparece la tensión de la ultraizquierda, con la novedad de que ahora hay sectores del Partido comunista —los más afectados por la pérdida de esta relación inmediata— que hacen suyas, especialmente desde co-ñecimientos de la década de los '80. Por lo demás planteado más arriba, esta ten-tencia oculta, tra la faz de una fidelidad a la tradición marxista —que explica su poder de convocatoria— una profunda re-visión de la praxis histórica del movimien-to popular, a la cual sólo puede interpre-tarse como tática o desviación, mera con-tingencia en cualquier caso. Por la otra, se



o X - No. 30 - julio-octubre de 1987 C:

nsejo de dirección
Carlos Altamirano
Sé Aricó
Maria Teresa Gramuglio
Juan Carlos Portantiero
Lidia Sabato
Patrizia Sarlo
Luis Vezzetti

rectora
atriz Sarlo

gramación
Carlos Tirabassi

^{so}º Pero, más allá de una literatura grancísmica a la cual no pretendemos aferrarnos, es posible someter a crítica estas nociones sin abandonar la lógica instaurada por el "inmanentismo historicista" que constituye el núcleo no negociable de una filosofía de la praxis, y ver en ella más que una ideología residual, de la cual es posible prescindir. La importancia de esta presidencia radica en que supera la escisión instaurada entre un discurso teórico protagonizado fatalmente por la clase obrera, y los procesos concretos de constitución de identidades populares heterogéneas en las cuales el marxismo se ha visto envuelto o a lo largo de su historia. A pesar de su embrioso expresamiento, el *Club de Ideas* de la *U*.

En el caso del cine de finales de la década del '60, la expansión y profundización de la relación capitalista-subsidiaria se ha experimentado durante estos años precedida instaurando un lenguaje "clásico" que aseguraba el protagonismo social y la "aplicación" del marxismo. Ello determinaría, en un lenguaje también "clásico", la primacía de la contradicción entre burguesía y proletariado y de las raíces de clase social, por sobre las de carácter democrático. El espectro de la II Internacional está presente en esta visión vigente en algunos sectores de la izquierda chilena, manifestada en el privilegio otorgado a la búsqueda de "un camino propio", por sobre la recomposición efectiva en nuestro país de un sujeto popular, proceso que pasa por una concertación amplia anti-dictatorial, y cuyo centro no está asentado con anterioridad, sino que su asimilación, es precisamente parte del proceso. "La clase obrera, centro y motor de los cambios", decía el PCC en la década del '60; ésta consigna, sin embargo, antes que el reconocimiento de una situación de hecho, era la expresión de una voluntad histórica por producir, tanto a ella como al espacio político que la llevó —la «y»— la «y» — posible.

Los esfuerzos no superan la figura his-

Los esfuerzos por superar la figura histórica del pragmatismo iluminado, por desentrañar el sentido de su permanencia y sus limitaciones, ocupan un escenario de la izquierda durante estos años. Todos estos esfuerzos involucran una intemperie o radical que se propone refundar la praxis colectiva a partir de una teoría asumida como una colección de leyes universales que es posible aplicar, y cuyo interior, más allá de las intenciones de sus portadores, consiste en hacer patentes las raíces de la crisis, excluyendo toda solución nostálgica que se proponga, simplemente, retrotraer la situación a 1973 (es decir, un *revival* del pragmatismo iluminado). Por la otra, el proyecto de una filosofía de la praxis de matriz grancianista que aspira, no a fundamentar —puesto que para ella no hay un exterior de la historia desde donde se pudiera aportar este fundamento— sino a discernir la racionalidad implícita en la

praxis histórica del movimiento popular, reconociendo a ésta el derecho a expresarse en la teoría, incluso en sus tesis de más alto nivel.

¹ Un inventario de esta evidencia incluye: el desplazamiento del rol central del proletariado

en el discurso político del socialismo, y su suscripción a un criterio articular hegemonicamente, desde Lenin y la socialdemocracia rusa, en consonancia con el traslado a "Oriente" del escenario de la revolución: los más de 60 años transcurridos desde los últimos levantamientos proletarios en Europa Occidental, la importancia que adquirió en ese período como "teoría" la "teoría de la importación", leninista; su imposibilidad, por último, como "clase en si" ya esbozada por Gramsci en "Americanismo y forzamiento" en la medida en que se desvirtuara toda clausura en la teoría, y se establecieran las distinciones entre base y superestructura, y quedarse en evidencia los aspectos hegemónicos de la cultura del trabajo. Ver al respecto nuestros trabajos "Filosofía y Política Hégemónica", "Simbiosis Grancísi", Instituto Grancísi de Ciencias Sociales, Bogotá, Boletín de la Escuela de Filosofía, mayo 1987, y "Marxismo: ruptura del silencio teórico", "Coloquio Chileno-Francés de Filosofía, CERC-Colegio Internacinal de Estudios Latinoamericanos, Santiago, junio 1987. Algunos de estos aspectos han sido desarrollados por Ernesto Laclau y Chantal Mouffe, *Hegemony and Socialist Strategy*, Londres, 1985.

te de acto de fe en una cierta racionalidad la historia y de una forma primitiva y empírica de finalización apasionada que aparece como la fuerza impulsora de la historia en las regiones confesionales. Se debe enfatizar, embargo, que una fuerte actividad de la voluntad está presente incluso aquí, interviniendo plenamente en la "fuerza de circunstancia", pero sólo implícitamente, de manera velada o sea de avergonzada de sí... El fatalismo no es que el ronjae de la actividad real y de la voluntad activa cuando se encuentra en una situación debil". "Conexiones entre el sentido de la religión y la filosofía", *Quedam de cultura cristiana*, OME, 1958.

arrolla la idea de que, para estos países en los cuales la sociedad civil se encuentra bien desarrollada, la cuestión del poder del Estado en tránsito al socialismo debe definirse, no a través de un ataque frontal o "guerra de maniobras", sino mediante lo que él denomina "guerra de posición". Y para la guerra de posición, agrega: "una concentración sin precedentes de hege-

ad predictiva parece incuestionable, la prudencia en ciencias y el interior de condiciones rigurosas, que son creadas por el autor, con ellas, son "creados" también como tales.

Es a Luis Corvalán, Secretario General, quien en alguna ocasión durante los 60 planteó la cuestión de la izquierda y los sectores críticos, la como un viaje en tren, donde se viaja sin destino, sin informándose de esta metáfora que se da al destino del tren "se da le antemano, sin recogerse el pasaje", a determinarla.

el hacer histórico creador de como cifra eminente que sientevenir, hasta la formulación concepto de *praxis*, punto de sujeto y objeto de la historia de una filosofía que es simul- también política.

confunde con – ese otro motivo, más suyo, del Gramsci maduro: el de la *realidad* en sentido único del momento “disto” de la disciplina, que a la ratio partidista correspondería solamente probar y sustancializar éticamente. Mas el relajante que alcanza este aspecto es signo de un límite inexorablemente *totalitario*! de la obra gramsciana, rencina que debería vincularse a un análisis del término-concepto, deliberadamente provocativo de “conformismo”, esos aquí en presencia ya de un caso de constreña singular entre *significante-contrario* y *significado-contenido*. Es el no contraste que emerge cuando contamos las aperturas analíticas más etueñas del texto de Gramsci – allí de la escena histórica pasa a configurarse como una suerte de grilla con múltiples entradas, marcado por la libertad y error, la elección y la contingencia – ciertas fórmulas sintácticas generales as cuales, con sonoridades en parte hechas y en parte tomadas de la lingüística, se habla de todo lo que ha sido o puede ser, en un discurso dialéctico que es el presente histórico; pero no si “a una ‘escoria’ casua y contingente”. El episodio superficial, no digno de atención en última instancia” (*77*, 873). Este “acto”, del *significante*, escena

En esta *pauta* del *escenario* escape, la *lucha*, la *modación* grancisiana de "resistibilidad", en su doble valencia ético-*ideológica* y ético-científica, en algunos aspectos análoga a la acepción weberiana *Bemf*, de vocación-profesión -precisa- responsabilizante, tanto en la *lucha* como en la "ciencia". En efecto, estamos convencidos de que el modo de la *última reflexión* de Grancsi en torno al tema del *für ewig*, de la verdad de lo "comprensión" de "lo político" -a ir de aquello que eternamente está allí de "lo político" mismo, pero no obstante, sin la tensión de éste sería inevitablemente banal- así el profundo de aquél *para siempre*.

—da una respuesta a una dimensión del pensamiento y del sentimiento que se ha quedado sin absoluto acuerdo con la cultura, como Max Weber criticó la *actitud escéptica* o *ecologista*, contrapunto del deseo de racionalización: "Hoy"—lee al final de la célebre conferencia del 8: *que viene como vocación*—“todos los que vienen a la espera de los nueropróletas y de los nuevos redentores, encuentran en la misma situación des- en el bellísimo canto del guardián mito durante el período del exilio, se lee en el oráculo de Isaías: ‘Una lárida Señor en Edom; Centine- ¿Cuánto durará la noche? Y el centi- responde: Vendrá la mañana, pero edivía es de noche. Si queréis preguntar, otra vez’». El pueblo al cual se esta respuesta, ha preguntado y es- dad más de dos milenios, y conocemos tregido destino. Aprendamos la lec- lo: es suficiente aprender y Esperar. —No nos compongamos de oro, no pensemos en trabajar y cum- plir las tareas cotidianas de la produc- ción de hombres y en nuestra acti- dación profesional. Lo cual es simple y fa- ciente una vez que cada uno encuentra en el *diseño*, one tiene, los hilos de su

Entre los muros de la cárcel, Gramsci no encontró ese "daimon", tal como lo entecea únicamente a los grandes. Sólo él conoce las tensiones de la lucha y el interés, el rigor de la racionalidad y su valor, la dureza y la seriedad de la vida, y a fuerza su lacerante intensidad, sólo él estará en grado de roer —no retóri-

—el estará en grado de tocar —no letón-
tamente— los confines de “lo histórico” y
“lo político”: trabajando y pensando

eleer a Gramsci

Razón política y modernización

COMO MANTER

La intervención de Marañón en el último coloquio Gramsci (24-26/6/87), mencionada por el autor en el reportaje de *L'Unità* que fuera publicado en *LCF/6*, y que ahora incluimos, evidencia los elementos que en Gramsci apuntan a una reflexión sobre la modernidad,

(co), Gramsci adopta una suerte de estrategia del cerco a sus fortalezas conceptuales y semánticas. Esta estrategia se articula lógicamente a través de dos pasajes que resumo en las tesis siguientes:

- 3) ideas de la historia de Occidente

nada en absoluto, para Gramsci por un déficit, sino, por el contrario, por una *hipertrofia de la modernización*;

6) el correlativo ético de esta *decisión en el crecimiento*, que es la *ética de principios* y que se basa en la *ética de normas*: desde una moral fundada sobre imperativos profundamente compartidos y asumidos autónomamente por los sujetos históricos hasta un cuadro de prescripciones abstractas y extensas a las cuales es necesario adecuarse (esto lleva consigo una consecuencia bien precisa en términos de una colocación internacional de la obra gramsciana: Gramsci pertenece, por algunos aspectos, a la cultura europea).

4) idea que remite *todas* las estructuras sociales (y no sólo las "superestructuras")

5) Gramsci recorta su diagnóstico de la

7) la idea de una "reforma intelectual y moral" se sitúa en este cuadro como asignación de una específica función histórica legítimamente al partido como "moderno Príncipe": la función de col-

el protestante, cual promotor de la individual y molecularmente unida que ha constituido siempre, evidentemente, la premisa cultural de la mutación del orden político en defensa de Weber contra De Tocqueville (*Qs*, 1086-1087).

res, que "la libertad es la fuerza de la historia, que hace exequim preestablecido". Los del socialismo —inspirados de la virtud bajo el signo holgazanería mental en la cual el nombre de *necesidad* de la doctrina socialista unido al pensamiento". Y sobre *ecológico-histórica* de este "Fransciscus" aun más explícito: "en ver el futuro como solidez, en creer en los planes os"; escritos de los años juveniles,

proceso de racionalización: "Hoy"—leemos al final de la célebre conferencia del



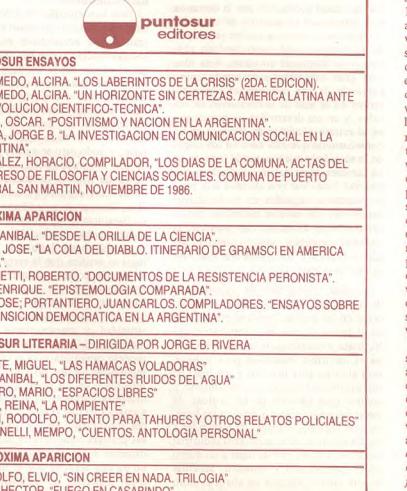
puntosur
editores

UNTOSUR ENSAYOS

PROXIMA APARICION
ORD. ANIBAL "DESE LA ORILLA DE LA CIENCIA".
RICO, JOSE, "LA COLA DEL DIABLO. ITINERARIO DE GRAMSCI EN AMERICA LATINA".
ASCHETTI, ROBERTO, "DOCUMENTOS DE LA RESISTENCIA PERONISTA".
IARI, ENRIQUE, "EPISTEMOLOGIA COMPARADA".
JUAN OSORIO, PORTAFOLIO, JUAN CABELLOS, COMPILADORES, "ENSAYOS SOBRE LA LITERATURA ARGENTINA", NOVIEMBRE DE 1960.

OFFE, REINA, "LA ROMPIENTE"
VALSH, RODOLFO, "CUENTO PARA TAHURES Y OTROS RELATOS POLICIALES"
MARDINELLI, MEMPO, "CUENTOS. ANTOLOGÍA PERSONAL"

PROXIMA APARICION



Después del socialismo real

Más allá del liberalismo...

Lucio Libertini

Es falsa e inacutal la contraposición entre colectivismo estatal y capitalismo de libre competencia. Hoy, en el Este como en el Oeste, es necesario adecuar democráticamente la demanda a la oferta de bienes, luchando contra la injusticia, la drogadicción y la subutilización de las fuerzas productivas

estridente entre las inmensas áreas de población y de necesidades existentes en el mundo y los límites interpusos por el mercado a la utilización plena y a la liberación de las fuerzas productivas. Emerge la tendencia del progreso técnico, que también aumenta de manera notable la fuerza productiva y la potencial disposición de la colectividad para producir nuevas áreas de desocupación y de miseria; y la desocupación, en sus oscilaciones, resulta un signo distintivo de las crisis económicas industriales. En fin, aparece claramente cómo la dinámica de los mercados, a través de la libertad de precios y luego por sus fatales limitaciones que llevan a la formación de oligopólios y carteles, conducen a crecientes desigualdades, marginando de los beneficios del progreso las áreas humanas, a cuyas necesidades teóricamente los recursos productivos —si se liberaran de toda atadura— podrían dar todo lo necesario.

Del conjunto de estas consideraciones, arraigadas en grandes dramas y tragedias sociales, nace la idea de que es posible resolver el problema centralizando la producción en las manos de un estado colectivista, que debería estar orientado para la satisfacción de modo *equo*, y bien dirigido, de las necesidades emergentes. Las razones del socialismo asientan en la posibilidad de hacer coincidir la máxima capacidad productiva con la demanda real, rompiendo las ataduras del mercado, y resolviendo por esta vía los problemas de la justicia social, pero también abatiendo las divisiones en clases. Esta idea —un gran colectivismo de estado como expresión de una racionalidad superior— estuvo en la base de la revolución de octubre, y en sus desarrollos, no menos que en el retroceso histórico de Rusia y en las consecuencias que ello tuvo en los rasgos de la sociedad soviética, reside la razón de las características del socialismo burocrático del Este. Ver con claridad este punto esencial no significa en modo alguno desconocer los méritos históricos de Octubre ni dejar de valorar con seriedad la sociedad soviética sino entender los graves límites y los problemas que este camino presenta.

1. Entre las múltiples raíces y razones originarias del socialismo me parecen que hay una decisiva entre varias: la que toma la contradicción entre desarrollo de las fuerzas productivas y las relaciones de producción. Ni bien la ciencia y la técnica comenzaron a conjugarse de manera amplia y profunda con el trabajo apareció a la vez la posibilidad de un crecimiento exponencial de la fuerza productiva y las contradicciones entre ella, los límites del mercado, las necesidades reales de la humanidad y la calidad del desarrollo que producían determinadas relaciones de control (por ejemplo de los costos), de inevitablemente orientan a estructuras burocráticas rígidas, incapaces de responder a los dinamismos de la economía industrial moderna, a la vez que da lugar a un nuevo poder centralizado y opresivo. Sistemas de este género, eficaces en atravesar el muro del ordenamiento retrógrado (no casialmente) aparecía la contradicción angustiosa y

mente toda sociedad capitalista. Por otro lado se produce una disolución, más o menos intensa y compleja, del estado social; no se debe olvidar jamás que la reducción del horario de trabajo, los diversos equilibrios entre trabajo y tiempo pleno, la intervención pública en el problema habitacional, el sistema jubilatorio, etc., no son el producto autónomo del capitalismo sino una modificación, de ciertos aspectos estructurales, realizada por una secular lucha de los trabajadores. Por otro lado se desarrollaron formas crecientes de intervención pública en la economía que no tienen nada que ver con el modelo del mercado de competencia y que resultaron cada vez más importantes para la estabilización del ciclo económico, para reequilibrar el desarrollo, y para sostenerlo. En los países industriales el sistema bancario fue ampliamente publicitado y opera una suerte de dirigismo económico; se difundieron las empresas públicas o con participación del estado; en varios sectores (como el edificio, las comunicaciones, la naval-mecánica) la intervención pública fue institucionalizada y se convirtió en una estructura de peso; la política fiscal es un incremento importante y decisivo de intervención sobre el mercado y sobre el desarrollo; las políticas aduaneras, las políticas monetarias, son todos instrumentos de gobierno estatal de la economía. Las formas de este entrelazamiento entre capitalismo público y capitalismo privado (este último cada vez más concentrado en grandes corporaciones financieras con carácter oligopólico) son distintas según sean los países y, por ejemplo, en los Estados Unidos es decisivo el aspecto militar, que hace del Pentágono, de sus suministros gigantescos, de sus relaciones simbólicas con las direcciones industriales, una estructura de dirección de la economía.

2. Estos nuevos caracteres del capitalismo moderno, que cancelan la idea falsa de una contraposición entre un socialismo estatalizado y un capitalismo de libre y perfecta competencia (un modelo sólo propagandístico, pero fuertemente difundido) determinaron una creciente burocratización del estado y de la sociedad, un rasgo por otro lado conspicuo de las sociedades capitalistas de Occidente.

En la raíz del embate neoliberalista de estos años, y en la base de masa y de consenso que ella encuentra en las áreas sociales más diversas se encuentra la amenaza concreta que las formas de burocratización representan para los ciudadanos, para su libertad, para su capacidad de autodeterminación, para sus derechos civiles más elementales. Se trata de un problema verdadero, real, de gran dimensión: las fuerzas políticas que no lo entienden se apartan de la sociedad real.

Y sin embargo, en la base de esta "ideología" difusa existe un equívoco profundo, las repercusiones de los socialismos del Este, el dilatado conocimiento de los mecanismos reales del capitalismo moderno, condujeron a una imposible idealización de un mercado "libre" que de cualquier manera luego no subsiste en lugar alguno, y a la ilusión de que aquellos efectos de libertad se pueden obtener desmantelando la intervención pública, girando por detrás de la rueda de la historia. En los Estados Unidos de Reagan —donde por otro lado en pleno boom hay ocho



millones de desocupados y el 20 % de la población es oficialmente declarada "pobre"— el desmantelamiento de muchas de las estructuras del estado social no han llevado a una reducción del peso efectivo del estado en la economía, porque se agudizó la intervención militar, elemento clave del incremento económico; y porque permanecieron en pie y hasta se acuñaron políticas públicas de intervención en el mercado (basta pensar en el carácter artificial de la manóbra sobre las tasas de interés que incrementó la cotización del dólar y favoreció las condiciones de la balanza comercial norteamericana).

5. En una situación como ésta, cuyos rasgos esenciales trate de recordar, carece de significado hablar de una victoria del capitalismo y de una muerte del socialismo: se trataría de un esquema misticificado y falso. El desarrollo real fue muy distinto de este esquema, como ya hemos visto, y además los sistemas capitalistas, aun tan profundas e irreversiblemente modificados, no suprimen las contradicciones fundamentales que inspiraron la exigencia de socialismo, como hemos hablado al comienzo.

Ante todas ellas no suprimen la desproporción entre la potencialidad de la fuerza productiva y la capacidad de absorción del mercado, y entre esta última y la calidad de las necesidades reales. Desde este punto de vista, no obstante la reclamada economía de consumo, la contradicción es hasta más notoria por muchos aspectos. Ciertamente, en los países industriales el desarrollo se difundió gracias también a la socialización de las riquezas logradas a través de las grandes y ásperas luchas sociales y políticas del movimiento obrero, lo que trajo como consecuencia un fuerte crecimiento del tenor de vida medio. Pero lo difundió, y lo sigue difundiéndolo, especialmente en un país como Estados Unidos, que no experimentó un reformismo como el europeo y a la luz de una idea racional del desarrollo son tanto menos explicables porque la fuerza productiva en razón del gran crecimiento técnico y científico, podría verdaderamente, si se liberara, asegurar la prosperidad de todos. Y cada vez más aguda se plantea la cuestión de la calidad del desarrollo; el gran tema del ambiente, que caracteriza y caracterizará cada vez más a las sociedades modernas, si no es afrontado con la ilusión lógica de un retorno a la edad de oro del estado de naturaleza, repropone precisamente el problema de un modelo de desarrollo distinto. Pero todavía más notable es la diferencia entre países avanzados y países retrasados, los últimos de los cuales representan ahora la mayoría de la humanidad. Las previsiones de la ONU nos dicen que, con la tendencia actual, en el año 2000 el 80 % de la población pertenecerá al área del hambre y de las necesidades más elementales. Esta se ha convertido verdaderamente en la principal y ejemplar cuestión del mundo moderno. Sin embargo, también aquí, desde el punto de vista material, la ciencia y la técnica estarán hoy en condiciones de incidir poderosamente sobre aquella diferencia. En verdad es una trágica ironía escuchar hablar de "ayuda" a los países del Tercer Mundo cuando sólo la política del dólar absorbó en sentido opuesto muchas veces el total de estas ayudas; y que las estrategias determinadas por el precio de determinadas materias primas alimenta la concentración del desarrollo y la difusión de la miseria, cuando no se afronta el problema crucial: la estructura, el desarrollo tecnológico hasta los fines colectivos, la organización de la ciudad y del territorio.

6. La idea originaria del socialismo como un sistema nacional e internacional que hace coincidir oferta y demanda rea-

les, liberando las fuerzas productivas potenciales y orientando de modo nuevo la calidad del desarrollo, emerge más fuerte que nunca a la luz de la historia mundial contemporánea. Esta idea no está sepultada por la crisis del modelo soviético y por los límites de la crisis de la socialdemocracia; requiere en cambio una búsqueda que valorice estas experiencias, en los aspectos positivos y negativos, y que diseñe formas nuevas de organización de la sociedad. Es ésta la base de la elección de la tercera vía, que caracterizó a los italiani en los últimos diez años, y que llamó la atención del movimiento de izquierda mundial y que permitió lograr niveles de fuerzas y de prestigio sin precedentes. Una idea que hoy se intenta borrar, volviendo a agitar y reflotar viejos mitos. La objeción más difundida contra esta perspectiva es la más risible. Se sostiene que ella es imposible porque no existe en ninguna parte. Para este sector todo lo que apareció como algo nuevo en la historia de la humanidad no se habría debido verificar porque obviamente no existía antes; a la vez la realidad contemporánea es presentada, precisamente en una fase de perturbadores progresos científicos en todos los campos, como una última área de aquella historia. Y, en homenaje a esta banalidad, se dejan de lado luego todos los signos visibles que existen de las exigencias y de las soluciones que van en dirección de la tercera vía.

7. En cambio el desafío que debemos enfrentar es precisamente éste. ¿Es posible imaginar y construir una sociedad que se haga corresponder el potencial productivo a las necesidades reales, en la cantidad y en la calidad, más allá del colectivismo estatal y de formas de poder burocrático? ¿Es posible desarrollar esta sociedad en la dirección de formas crecientes de autogestión y por tanto de "extinción del estado"? (para usar la expresión marxiana), manteniendo y desarrollando elementos de programación que intervengan tanto sobre la oferta como sobre la demanda, y por lo tanto actúan también sobre los costos? ¿Es posible desarrollar formas de cooperación internacional con contenidos avanzados que den lugar a condiciones estructurales tales como para reducir la diferencia entre países avanzados y países retrasados y para terminar con la carrera armamentista? ¿Es posible imaginar que la idea de libertad, y por tanto de lucha contra toda forma de opresión burocrática, se encame en el socialismo, uniendo justicia social y garantía de los derechos individuales, de una democracia más amplia y más participativa?

La expresión "conciliar programación y mercado" contenida en muchos documentos del PCI es ciertamente inadecuada y restrictiva, pero sin embargo tiene este significado. Ya en esta dirección están orientadas nuestras investigaciones sectoriales, de las cuales no es necesario apartarse, pero si saber desarrollarlas con un nuevo lanzamiento. Hoy la necesidad más evidente no es en verdad la de un asentamiento sobre viejos esquemas sino una gran provocación intelectual y cultural en dirección de la innovación social y política, una provocación que se enganche luego a los grandes movimientos concretos que pueden surger en la sociedad y que sirvan de fermento a cuestiones actuales y vitales, desde la estructura del horario de trabajo y del modo de trabajar hasta los problemas ambientales y la calidad de la vida; desde el dominio del desarrollo y de las consecuencias del problema tecnológico hasta los fines colectivos, la organización de la ciudad y del territorio.

(Publicado en *Rinascita*, núm. 34, 14-9-1985. Traducido por Jorge Tula).

gandhi

Kristeva: Historia de amor

Habermas: Historia y crítica de la opinión pública

Horkheimer: Ocaso

Morin: Ciencia con conciencia

Caudwell: La agonía de la conciencia burguesa

Morin: Qué es el totalitarismo

Dahrendorf: Las oportunidades de la crisis

Bachard: La llama de una vela

Hippolyte: Lógica y existencia

De Waelhens: La filosofía de Heidegger

Jochim: Perspectivas hacia la historia social de Latinoamérica

Kanoussi: La revolución pasiva: una lectura de los "Cuadernos de la cárcel"

Basaglia: Mujer, locura y sociedad

Basaglia: Una voz: reflexiones sobre la mujer

Mary y Engel: Su vida y su tiempo

Hobshawm: Marxismo e historia social

Cohen: La teoría de la historia de Marx

Anderson: Teoría, política e historia

Anderson: Tras las huellas del materialismo histórico



Cursos de noviembre
Ana del Canto Introducción a las técnicas dramáticas y dinámica grupal

Sergio Rodríguez: El inconsciente es producido socialmente. Lo inconsciente en la producción de movimiento social

Hugo Vezzetti Familia y matrimonio en la Argentina. Historia de las ideas

* Retire los programas e informese en:

Libros Cafés Foro Cultural
gandhi

Montevideo 453.



La generación del marxismo-leninismo

Fernando Claudín

En un artículo reciente, con motivo del cincuentenario de nuestra guerra civil, Pedro Laín Entralgo se pregunta cómo debe ser llamada la generación que siguió a la del 27. Aunque no se decide por una denominación concreta, escribe: "Sé tan solo que para quienes estábamos entre los 15 y los 30 años al comienzo de la guerra civil, ésta cayó sobre el 'estéril' punto de partida y los condicionamientos históricos, políticos y culturales que lo explican. 'Sólo cuando nos liberamos de él', agrega, pudimos aportar algo al marxismo".

Nuestra generación, dice Claudín, vivió una borrachera de romanticismo revolucionario, y nos hicimos marxistas-leninistas". A varios años de distancia intenta mostrar cuál fue el "estéril" punto de partida y los condicionamientos históricos, políticos y culturales que lo explican. "Sólo cuando nos liberamos de él", agrega, pudimos aportar algo al marxismo".

sis española y europea, una concepción del mundo que, para realizarla, requería el aniquilamiento de los que profesaban la concepción opuesta; una acción militante cuyo eje vertebral era la afirmación interpretativa de la evolución histórica, coincidió con Laín en que quienes figurábamos entre los mencionados límites de edad, al iniciarse nuestro gran drama nacional, constituyamos un grupo generacional muy específico, con rasgos determinados no sólo por nuestra vivencia de la contienda sino, tal vez más, por la manera como el proceso que la engendró influyó en la formación de nuestra personalidad. Uno de esos rasgos quiso apuntado en el citado artículo cuando dice que, a diferencia de anteriores generaciones, "la nuesta se asomó a la vida bajo el imperativo de la politización". Pero, habría que añadir, para precisar mejor ese rasgo esencial en la identidad de nuestra generación, que el imperativo político estuvo profundamente ideologizado, y por ideologías —la ideología marxista-leninista y la ideología fascista— a las que podía aplicarse en grado extremo el sentido peyorativo, alienante, que en general le daba Marx.

No es que la generación dirigente de la República y de la guerra civil —la nuesta constituyó su masa combatiente, incluidos los más jóvenes cuadros militares y políticos— estuviera libre de esa impregnación ideológica, pero en ella se producía sobre el sedimento de una formación política y cultural diferente, que en mayor o menor medida la preservaba de una interiorización extremosa e incondicional. Advierte desde ahora, para atajar cualquier falsa interpretación, que al nombrar esas dos ideologías no hay un juicio de valor que las equipare en cuanto a sus objetivos ideales, ni en cuanto a los intereses sociales que objetiva o subjetivamente podían servir. Pero en ambas había, aunque de signo opuesto, una visión mecanista de la transformación histórica, una interpretación catastrofística de la cri-

rrada, de la anterior etapa española. Y esta interacción explosiva encuentra su punto de contacto en las dos corrientes ideológicas ya mencionadas, que se ensañaron directa o indirectamente de las fracciones antagonistas de nuestra generación. A mi parecer más indicativa que directamente, porque en su forma pura sólo grupos reducidos las hicieron suyas, las adoptaron como credo de su acción militante, pero de manera indirecta, difusa, simbólica, impregnaron a amplios sectores, tanto en lo político como en lo cultural.

No voy a referirme, por no haberlo vivido más que como combatiente en el campo opuesto, y tampoco a tema que haya estudiado especialmente, a las formas y vicisitudes que el fenómeno tuvo en la fracción de nuestra generación marcada por la ideología fascista. Voy a hablar, claro está, de la de Sánchez Vázquez y la mía, la que abrazó la causa de la revolución exemplificada y simbolizada en el Octubre ruso, y a la que denominé *generación del marxismo-leninismo*. Tal vez de manera abusiva puesto que sólo era eso: una parte, una fracción de la generación de la guerra civil. Pero también los conceptos de generación del 98 o del 27 deben sólo a los rasgos distintivos de una fracción generacional, y la legitimidad de considerarla representativa reside en que su visión, su actitud, ya fueran de carácter político-intelectual o estético, constituyan algo no sólo nuevo sino progresista. También nuestra fracción generacional, pese a lo que hubiera de extrañarnos en su ideología concreta o difusa, representaba la voluntad de transformación radical de una España llegada a la encrucijada más dramática de su historia moderna. La cuestión que quisiera abordar aquí es la siguiente: ¿por qué esa ideología, a primera vista tan ajena a las tradiciones políticas y culturales de nuestro solar patrio —al liberalismo del ochocientos, al apolíticismo anarcosindicalista, al socialis-

A l iniciarse en Europa los fatales años treinta, España —una vez más, diferente— emprende un rumbo a contrapelo del marcado por el ascenso de las dictaduras y la crisis del continente. Pero pronto esta "anomalia" española se ve minada por las tendencias de fondo de la evolución europea que entroncaban —estimulándose recíprocamente— con las tendencias de fondo, aparentemente de manera sot-



intelectuales de la generación de Ortega o de la del 27: era, ante todo, una atracción política e ideológica. Porque, ¿de qué se trataba, a fin de cuentas? Que en España se iniciaba una revolución, por muy pacífico que su comienzo fuera —de todas maneras relativo, porque antes habían sido fusilados Galán y García Hernández, convertidos en los héroes románticos de nuestra juventud adolescente—. También el zarismo había caído como una fruta madura, casi sin derriamiento de sangre y el gran cambio revolucionario había venido después. Aquella trayectoria de la revolución rusa estuvo muy presente, desde el primer momento, en las interpretaciones del proceso español. La derecha veía en la democracia republicana-socialista una posible repetición de la etapa Kerenski, que daría paso a la revolución comunista. Y la mayoría de los jóvenes que iniciábamos nuestra militancia política —no sólo los que ya entonces optamos por el exótico comunismo, sino la mayoría de los jóvenes socialistas, e incluso muchos de los que se consideraban simplemente republicanos— veíamos en aquella alianza con los partidos republicanos burguesas, si no una traición al menos una etapa táctica, desagradablemente necesaria, que debería abrir paso a la revolución socialista.

Este pozo común a las diversas ideologías revolucionarias de nuestra generación no podía por menos de enlazar, muy naturalmente, con uno de los rasgos fundamentales de la revolución bolchevique: la descalificación total de la "democracia burguesa" y el postulado de que la dictadura del proletariado encarnaba una democracia superior, auténtica.

No es fácil para las generaciones actuantes situarse en la atmósfera y los condicionantes ideológicos en que creció nuestra generación. El hecho que resultó decisivo, incuestionable, deslumbrador, para todos los que nacimos a la vida política con el sesuilo romántico de que estaba iniciándose "una gran revolución española, consistía en que no teníamos otro ejemplo, otro modelo, que el que estaba experimentándose en el inmenso espacio del antiguo imperio zarista. No encontrábamos en el panorama político y cultural español una elaboración teórica, un proyecto social, que pudiera servirnos de

En realidad había algo común entre todas esas corrientes ideológicas que empezaron a imponer en la mayoría de los núcleos más activos de nuestra generación, y era la influencia de una herencia político-cultural carente de



guía. Y lógicamente este vacío realizaba aún más la luz que venía del Este. Por otra parte, incluso una mirada crítica sobre ciertos aspectos de aquell experiencia —algunos de ellos eran objeto de discusiones entre los que buscábamos hacia dónde ir: recordar, por ejemplo, mis discusiones con Manuel Tagleña hasta que ambos decidimos ingresar en la Juventud Comunista— encontraba fácil respuesta en lo que conocíamos de la historia europea. ¿Qué gran revolución no había incluido excesos, represiones, incluso el recurso al terror? ¿Cómo podía no ser doloroso el parte de una nueva sociedad, que a diferencia de las grandes revoluciones burguesas quería acabar con toda forma de opresión, de explotación, de injusticia? Si la dictadura jacobina había sido necesaria en la revolución francesa, ¿cómo podía realizarse una revolución aún más profunda sin una dictadura incluso más ferrea?

La agudización de la lucha política y social parecía darnos la razón. Cuando los jóvenes socialistas asumieron también los postulados del marxismo-leninismo, y se propusieron, nada menos, que la "bolchevización" del histórico PSOE, cuando la mayor parte de esos jóvenes socialistas pasó al PCE, y la JSU —la mayor organización juvenil que hoy conoce España— quedó bajo nuestra influencia ideológica, podíamos decir que nuestra generación se había ganado merecidamente el título de marxista-leninista, incluida la connotación estaliniana que ese concepto tenía entonces (y durante bastante tiempo después).

El curso de la guerra civil, el papel casi hegemonico que tuvo el PCE, el hecho de que la URSS protagonizara la única ayuda efectiva a la República, no podía por menos de fortalecer nuestras convicciones. Y no digamos más adelante, la victoria de la URSS en la segunda guerra mundial y el papel decisivo que en esa victoria desempeñó. Frente a la entidad de estos hechos, las persecuciones contra los trotskistas en España, los procesos de Moscú o el pacto germano-soviético, que no necesitamos repetir aquí, del leninismo estalinismo. No tenemos dudas de que aquello era el marxismo vivo, actual, el marxismo operativo que necesitábamos para guiar nuestra acción. Pero no todo había de ser arriba teoría y solazamientos: nuestro fervor revolucionario con las novelas y relatos de la gran epopeya, que la Asociación de Escritores y Artistas Revolucionarios, con su revista *Octubre*, se encargaba de valorar como realizaciones de la nueva estética del realismo socialista. *Nuestro Cine* cumplía análogo papel con las primeras películas soviéticas que podíamos ver en cine-clubs y algunas pocas salas comerciales. El *Teatro proletario* montaba piezas del mismo carácter. No es fácil para las generaciones actuantes situarse en la atmósfera y los condicionantes ideológicos en que creció nuestra generación. El hecho que resultó decisivo, incuestionable, deslumbrador, para todos los que nacimos a la vida política con el sesuilo romántico de que estaba iniciándose "una gran revolución española, consistía en que no teníamos otro ejemplo, otro modelo, que el que estaba experimentándose en el inmenso espacio del antiguo imperio zarista. No encontrábamos en el panorama político y cultural español una elaboración teórica, un proyecto social, que pudiera servirnos de

En verdad sólo había —salvo excepciones que confirmaban la regla— dos posibilidades:



sibilidades para romper el cerco mágico de nuestra ideología. O bien la representada por la contradicción interna, dentro de uno mismo, con otros valores culturales ya adquiridos, a través de un conflicto que bajo determinados estímulos podía entrar en crisis: tal fue el caso de algunos destacados intelectuales de la generación anterior a la nuestra, o bien la revelación clamorosa de una situación, de unos hechos inquestionables, que sacasen a la luz la contradicción entre nuestra teoría y la realidad. Esto se produjo después de la muerte de Stalin a través de una serie de acontecimientos: las revueltas obreras de 1953 en Alemania Oriental, el Octubre húngaro y polaco en 1956 y, sobre todo, las sensacionales revelaciones de Juschnev en su famoso "informe secreto" ante el

XX Congreso del PCUS. Fue entonces cuando ante evidencias tan insoñables muchos comunistas europeos de nuestra generación comenzamos a poner en cuestión aspectos básicos de nuestra ideología y de nuestra política. Según las circunstancias personales y políticas de cada uno, el camino que recorrimos para liberarnos de la alienación marxista-leninista fue más o menos largo, más o menos doloroso. Otros muchos, tal vez la mayoría, ni siquiera lo iniciaron y siguieron viendo en el marxismo-leninismo el guía infalible de su acción política.

Adolfo Sánchez Vázquez y yo mismo figuramos entre los que recorrimos ese camino, a veces encontrándonos conflictivamente en la trayectoria, como cuando yo fui encargado por la dirección del

PCE de censurar y sancionar las posiciones críticas de Sánchez Vázquez en México, o cuando años después el hubo de aceptar disciplinariamente como miembro del partido, mi exclusión del mismo. Luego, entre 1968 y 1973, cruzamos una interesante correspondencia en la que comentábamos, a veces críticamente, nuestros respectivos trabajos en particular su *Filosofía de la praxis y mi Crisis del Movimiento Comunista*. En esa correspondencia constatabamos que la influencia del leninismo aún se hacía sentir en nuestros escritos.

Yo no voy a entrar en el análisis de la obra filosófica de Sánchez Vázquez, por la que se rinde este merecido homenaje. Otros van a hacerlo a continuación. Mi intención ha sido, únicamente, mostrar

[Esta intervención fue hecha en el seminario sobre Adolfo Sánchez Vázquez, celebrado en Cádiz días 13 y 14 de mayo de 1987, y fue Publicado en *Lectura Interactiva*, núm. 6, 1987.]

Conversación con Teodoro Petkoff

Oscar González

El modelo leninista es cómodo para los jefes

¿Cómo es el tránsito que hacen ustedes desde un Partido Comunista tradicional, como el venezolano, pasando por la experiencia armada, para concluir como una fuerza parlamentaria en el marco de un orden democrático-liberal?

Para comprender el nacimiento del Movimiento al Socialismo, en Venezuela, no puede entenderse sin una serie de particularidades que corresponden no sólo a la historia de la izquierda en ese país, sino a la propia sociedad venezolana en su conjunto. Si por un lado el MAS es un partido con tendencias internas legitimadas estatutariamente y que no reconoce el modelo canónico de ningún Vaticano comunista, por otro lado existe un sólido bipartidismo que se alterna en el poder político y un ejército que no se inmiscuye en la estabilidad democrática. Esos temas se analizan en este diálogo.



ra política saliera tanto el gobierno de Leoni como después el de Caldera, con medidas bastante sardinas de reconocimiento de esa situación, con vistas a la relegalización del partido, a la normalización democrática.

Hubo entonces una secuencia autoritaria: primero la del PCV como tal, y luego la de quienes emigraron de allí para formar el MAS?

Sí, a finales de 1967 el PCV llega a la conclusión de que el camino que habíamos emprendido era un callejón sin salida. Y que era preciso negociar con el gobierno —estábamos derrotados— y en forma unilateral, aceptar los hechos: más que militar estábamos políticamente vencidos. Creo que dimos un paso atrás muy a tiempo y esa política encontró eco en las élites gobernantes, que no era la primera vez que daban muestras de sensatez, de capacidad para reconocer cuáles son sus intereses generales.

Legalizado el PCV se inició en su seno un debate ya perfilado cuando éramos aún cuadros clandestinos, un debate que se inició a mediados del 68 y culminó en diciembre del 70, cuando nos fuimos del PCV y formamos el MAS.

¿Cómo fueron los términos de ese debate?

Comenzó para tratar de explicarnos qué había ocurrido con la lucha armada, pero muy rápidamente pasó de la autoritaria formal de los errores cometidos a transformarse en una discusión sobre los fundamentos existenciales del PCV y de la política revolucionaria en el país. Se recordará, además, que en 1968 se produjo la intervención soviética en Checoslovaquia, de manera que ese se incorpora también a la polémica. Y luego comienza la discusión sobre el partido mismo.

Dos contradicciones comenzaron entonces a aparecer muy nítidamente ante nosotros. Una: nos habíamos levantado en armas con la bandera de la democracia contra un gobierno al que acusábamos de vulnerar las conquistas democráticas obtenidas por el derrocamiento de Pérez Jiménez. Verdad o no, en todo caso esa era la bandera de nuestra lucha. Sin embargo, el paradigma societario que le proponíamos al país era el de una sociedad autoritaria y despotista en su historia y nada democrática, la sociedad soviética. Era una contradicción demasiado flagrante para que la resistiéramos. Empezamos a darnos cuenta de la enorme falta de credibilidad

de una política que, en el contexto venezolano, se proponía como democrática, pero, al mismo tiempo, se encontraba umbilicalmente vinculada a un partido y a una sociedad no democrática que es la que proponemos como modelo.

En segundo lugar, había otra contradicción: la política comunista en nuestro país tenía una inspiración antipatriótica, combatíamos al imperialismo norteamericano, la penetración norteamericana tenía graves consecuencias para la política imperial en el continente. Pero al mismo tiempo, el partido consideraba que cosas tales como la intervención soviética en Checoslovaquia eran algo así como un acto revolucionario. Estábamos entonces en una situación increíblemente esquizofrénica que, además, coincide con la intervención norteamericana en Santo Domingo, que nosotros combatimos con toda la celeridad que puede producir un acto de esa naturaleza.

Aquellas dos contradicciones nos llevaron a la siguiente reflexión: debíamos rescatar la idea democrática como componente fundamental de un proyecto de cambio social y de cualquier sociedad que emerge de nuestras luchas que, si no es democrática, tampoco va a ser socialista. Pero además, concluimos en la necesidad de revitalizar también la democracia que existe hoy, dejando de sostener una concepción instrumental de la democracia, que es buena si nos es útil pero en todo caso es burguesa, falsa y mascarón de proa de la explotación capitalista. Y esta democracia, en las condiciones actuales de la sociedad capitalista que conocemos, debe ser vista como un proceso, como una tensión permanente entre aquejos sectores que dentro de su marco quieren estrechar sus límites, y aquellos otros que pugnan por dilatarlos. Esta es una contradicción permanente que enfrenta a sectores sociales con concepciones diferentes no sólo en lo político, sino en la lucha por la distribución del ingreso.

Esta óptica para ver la democracia y la democracia después, tenía que conducirnos inevitablemente a una crítica muy profunda del modelo soviético. Resultó que descubrimos que el régimen estaba desmorado, que no era una sociedad democrática y que todo lo que parecía ser una forma superior de democracia, era una sociedad autoritativa, despotista, autoritaria, ninguna de cuyas características en el plano de las instituciones políticas podía corresponder al ideal socialista. Eran los años 1968 y 1969 y finalmente era evidente que las relaciones entre la URSS y los países de su esfera de influencia no eran las relaciones supuestas de países iguales entre sí, sino la de un centro imperial.

Toda esa discusión fue acompañada por otra sobre el partido mismo. Nosotros hicimos la experiencia de un partido leninista. Luchamos, a lo largo de los 16 años de vida del MAS, de algún modo contra nosotros mismos. Porque el modelo leninista es muy cómodo para los jefes: se liquidan las disidencias por vía disciplinaria y, así, se gobierna el partido con una gran tranquilidad. Nosotros nos empeñamos justamente en quebrar ese modelo leninista, quebrar el verticalismo, asegurar los derechos democráticos de las posiciones minoritarias dentro del partido, favorecer el debate democrático interno.

No ha sido un camino fácil. Ha sido un camino lleno de contradicciones, de avances y retrocesos. Y a mitad de ese camino hubo un momento en que recaímos en nuevas prácticas leninistas. En el momento en que legalizamos estatutariamente las tendencias legalizamos, en realidad, fracciones internas, pequeños partidos dentro del partido con política, disciplina y hasta finanzas propias. Eso era el MAS en 1978. Entonces fue que hicimos la apues-



ta de legalizar esas fracciones y confiar en que en el curso de la confrontación democrática fueran avanzando de la condición de "partidos dentro del partido" hacia la de corrientes de opinión, para finalmente disolverse y reconstituir otras. Y eso es lo que pasó. No se cumplió lo que el mundo político venezolano creía en 1985, cuando se reunió la última convención del MAS, que nos desintegramos. Por primera vez aplicamos la regla de la representación proporcional, los resultados de la convención dimensionaron a cada quien y cada fracción apareció con la fuerza que realmente tenía. Luego, vienen la etapa de la disolución de esas fracciones y el reacomodo interno. En ese contexto el debate sobre la candidatura presidencial, que aparecía como dilemático y hacía prever un nuevo reacomodo interno, no ha creado prácticamente nuevas corrientes porque hay consenso en torno a esa candidatura. En síntesis, asumimos la democracia como el piso de nuestra actuación dentro de la sociedad, lo cual significa, entre otras cosas, asumir también una táctica reformista, igualitaria, la comprensión de que nuestra política en una sociedad democrática no

puede formularse en los términos del asalto al Palacio de Invierno. Es un largo camino a través de las instituciones para el desarrollo de una fuerza, para la acumulación de fuerzas, no con vistas a la "gran madrugada roja" sino para ensanchar nuestra presencia en las instituciones, participar de las contingencias de la vida política y plantearnos una perspectiva de acceso electoral al gobierno. Además, no formamos parte de ningún vaticano vinculado al movimiento comunista. No dependemos de ningún pacto social y político. Los políticos le proponen a los sectores económicos la democracia y si aceptan la democracia se promoverá desde el gobierno los intereses de esos sectores, la promoción del desarrollo capitalista del país, en fin, una política reformista cuya primera acción fue la reforma agraria, que no fue una medida revolucionaria pero alivio enormemente la presión campesina. Así se transformó el campo venezolano, cuyos sectores más dinámicos se desarrollaron de modo capitalista. Luego, el período de sustitución eufórica de las importaciones produjo un desarrollo industrial mediano, un fortalecimiento de la burguesía y de la clase media que además encontró en los precios petroleros puntos de apoyo para sus propias fuerzas. En ese contexto, el ejército fue metido en cintura. Pero yo creo también que el peso de la ideología es muy importante y hay que reconocer que los partidos políticos venezolanos han tenido una práctica democrática de 30 años, afirmado que la democracia es el sistema en el cual queremos vivir. Sin embargo, estos gobiernos apelaron también, en el caso del ejército, a la corrupción, a privilegios. Es combinación de práctica democrática y privilegios domésticos al ejército. Claro que hubo un factor que influyó mucho y es que en los 60 Betancourt y su sucesor, Leoni, encontraron en nuestra insurrección el cemento que les permitió cohesionar a la burguesía, la Iglesia y el ejército en torno a ellos. Y es interesante ver cómo, después de la insurrección y la derrota, la reconciliación fue fácil. Porque en Venezuela no hubo "pases de factura". Ni los vencidos salieron a cobrar cuentas a los torturadores que andaban por allí, ni los del otro bando a nosotros. Claro que en Venezuela no hubo los horrores que hubo en Argentina. No hubo "guerra sucia", hubo excesos. Pero del otro bando tampoco salieron a cobrar cuentas a los que quedamos vivos. Es un proceso que tiene que ver con la venezolana.



coparon más del 80 por ciento de los votos para la presidencia y más del 70 % de los votos para las Cámaras. En las elecciones de 1978 y 1983, ese fenómeno se acentuó aún más: en la última elección, el 93 % de los votos se repartieron entre los candidatos adecuados y oponentes. De modo que nos tocó actuar coincidentemente con el espíritu del bipartidismo y nos hemos desenvuelto en ese marco a través de los 16 años de nuestra vida.

Durante ese período, el bipartidismo liquidó a todas las formaciones políticas venezolanas, incluidos viejos partidos de centro y centroizquierda que cesaron incluso como denominación electoral. Desde entonces, la izquierda vive prácticamente pulverizada: viene de la tremenda derrota de los 60, pero aun en los 70 el impulso, la gloria de la fuerza armada perdura y habrá muchas organizaciones que siguen. Sin embargo, a fines de los años 70 la izquierda está reducida a polvo y solo el MAS, consolidado en el poder político del país, logró resistir la trituradora y, aunque no lo creció electoralmente, ha mantenido la influencia electoral del 6 % a lo largo de tres procesos electorales.

¿Cómo han hecho a lo largo de estos 30 años para preservar la estabilidad democrática? ¿Cómo han resuelto el problema de los militares?

Es un proceso largo que, a mi juicio, encuentra una parte de la explicación en lo que considero la inteligencia de las élites políticas y sociales del país para entender cuáles son sus intereses fundamentales. Manera que, una vez caída la dictadura, el primer gobierno se constituyó sobre la base de un pacto social y político. Los políticos le proponen a los sectores económicos la democracia y si aceptan la democracia se promoverá desde el gobierno los intereses de esos sectores, la promoción del desarrollo capitalista del país, en fin, una política reformista cuya primera acción fue la reforma agraria, que no fue una medida revolucionaria pero alivio enormemente la presión campesina.

¿Cómo opera el fenómeno del bipartidismo en Venezuela, toda vez que AD y COPEI se reparten prácticamente la totalidad del poder? ¿Cuál es el perfil que ustedes explotan y qué espacio ocupan en el contexto de esa bipartidista paridaría?

Al MAS le tocó actuar electoralmente por primera vez justamente en la elección en que el fermento del bipartidismo hizo irrupción. En 1973, entre AD y COPEI

clases. En su lugar se ubica una "rama" económica sin ninguna característica distintiva respecto de otras ramas de la industria o del comercio: un puñado de grandes empresas en la císpide, en general multinacionales; un estrato de dimensiones variables de empresas medianas, y una extensa base de empresas familiares, con pocos o ningún asalariado. Si el sector agrario se diferencia del resto, es la alimentación o del calzado es por la mayor proporción de mano de obra asalariada, por la menor ocupación relativa. Con un descompensado equilibrio entre el mundo rural, la sociedad moderna es esencialmente urbana, y las áreas no-urbanas tienden a especializarse como satélites de servicio de las ciudades. En Italia, fuera de los centros urbanos, viven muchos más trabajadores de hoteles, restaurantes, estaciones de servicio, centros turísticos y servicios para ricos que agricultores. En cuanto a los marginados, son mucho más abundantes en las ciudades que fuera de ellas. Vivimos en una gran ciudad-pueblo.

En este uniforme tejido urbano el "modo de vida" y la cultura se relacionan mucho más con el lugar en el que se vive que con el modo con el cual se trabaja. Esto lugar a su vez, a grandes rasgos, está determinado por el nivel cuantitativo de los ingresos, individuales o de la unidad familiar. En la císpide están las residencias de los "ricos y poderosos" cuidadosamente separadas del contexto social, y en algunas ciudades, ubicadas directamente fuera de su perímetro.

Son los barrios de los profesionales y de los dirigentes (los "executives") en la unción anglosajona (los funcionarios del Estado, jueces, políticos, profesionales oficiales del Ejército y demás). Sigue la ancha base de la ciudad: los barrios grises y anónimos donde viven empleados, obreros, comerciantes y artesanos, en una graduación casi impalpable y variable en el tiempo de "nivel", desde el barrio de clase media emergente hasta el barrio popular-decadente. En este mar son puntos de referencia las islas o los "diseños" (artistas, homosexuales, prostitutas, extranjeros, drogadictos, alcoholistas), los centros "históricos" (catedrales, teatros, museos, teatro, ocio, diversión). El nivel inferior de las ciudades se encuentra en los refugios de la marginalidad, en los slums, villas miseria, pensiones miserables, viejos edificios demantelados, áreas entre lo rural y el vaciadero de basurales.

Estos lugares de residencia son las clases de la sociedad moderna: el vivir en uno de ellos es la marca que se lleva en la frente, que se revela en el modo de vestirse; en los gestos, en la actitud, en la forma de vivir. A principios de siglo se distinguía un empobrecido, un proletariado de empleados, un intelectual, un comerciante o un industrial; hoy estos signos culturales, así como si miércoles y sábados, sus enfermos y sus liados, sus anhelos y sus "diseños"¹⁰. Entre el modo de ganarse la vida y el modo de vivir habría una correlación estrecha. Tienen razón Sylos Labini al afirmar que esta relación se ha roto, pero no la tiene cuando deduce que avanza una tendencia a la desaparición de las diferencias de clase: la sociedad moderna es en muchos aspectos, rata de la clase, rebosante de discriminación y opresión. Si uno no se da cuenta también en el pasado) la discriminación se desarrolla en líneas étnicas o nacionales, no ha por cierto disparecido la discriminación directamente social, aunque haya tomado otras formas.

Claro que una tal diferencia de clase sería poco significativa para la interpretación marxista la historia; todo partido que pretenda fundar su acción sobre la razón social y no sobre la pureza ideológica, la "teoría antropológica" de las clases sirve para construir un comportamiento de corto plazo frente a un gran número de personajes sociales y de problemas; la "teoría económica" de las clases identifica y organiza programas de mediano plazo, de alcance general y de largo plazo, en función de la periodicidad del ciclo; pero solo la "teoría filosófica" de las clases sirve para fundar su identidad en cuarto sentido. En este último, y por cierto no secundario aspecto, no consigo encontrar un aporte significativo después de la propuesta de Marx.¹¹

Si es posible distinguir un Marx "profundo" de un Marx "fiechado", ligado estrechamente a las circunstancias políticas de su época, esta distinción se refiere al plano de análisis del movimiento histórico de la sociedad capitalista. Por un lado tenemos las clases "cerradas", los sujetos sociales perfectamente identificados y diferenciados del *Manifesto Comunista*, esos proletarios y burgueses que vivían vívidamente a la imaginación como gigantes de un mundo social que no existía; las bases de la polarización inarrestable entre riqueza y pobreza (la pauperización, la centralización de capitales como tendencia absoluta, la crisis catastrófica), y del Estado reducido a clavar en manos de uno o del otro contendiente (el "comité de negocios" de la burguesía, la dictadura del proletariado). Por el otro lado tenemos las clases entendidas como "polos" de un sistema de rentas (último capítulo y notas varias no redactadas *El capital*), y constituyendo la base social de la sociedad social (*Grundrisse*), que encierran sucesivos momentos transitorios de síntesis en el "individuo social".¹²

No es posible repetir la vieja operación de contrapoder con un Marx a otro: estas dos líneas que recorren el pensamiento de Marx están estrechamente ligadas, y separarlas sería un ejercicio tan escolástico como inútil. Es posible en cambio imponer una reflexión moderna sobre el movimiento histórico de la sociedad capitalista que tome como punto de partida algunas observaciones de Marx, sin serlo tanto como para llegar a aceptar su entero cuerpo teórico, o a revisarlo críticamente.

Para Marx la producción del capital por el trabajo se desarrolla a través de tres momentos:

a) los individuos productores se relacionan entre si por intermedio de los productos de su trabajo, que asumen la forma social de mercancías;

b) la relación general de las mercancías entre si asume una forma fuera de su, el dinero;

c) el dinero, comprando fuerza de trabajo, se vuelve capaz de producir más dinero, o sea se transforma en capital.

El trabajo ha producido (y reproduce) su opuesto, el capital, que es trabajo objetivado, que se coloca como forma social efectiva del trabajo, y que a la vez se coloca frente al trabajo como su sujeto autónomo y dominante. Hasta aquí el ciclo del valor; pero el capital, encarnando su control fijo en sistemas de máquinas y en procesos científicos, se expande y se multiplican en el trabajo. Expulsa el trabajo del proceso de producción directo (o sea, tiene que reducir numéricamente la clase obrera industrial) y erosiona su propia base, o sea el poder del trabajo social bajo la forma de antisistés entre el capital y el trabajo.

Siempre en el punto de vista posthegeliano de Marx el Estado se separa como entidad autónoma de la sociedad civil por la fractura de ésta en "estados", en clases. El capital, el ascenso del capitalismo mantendrá su influencia estatal separado: la sociedad civil dividida encuentra su unidad fuera de sí. Con la democratización generalizada se desarrolla una forma de estado del todo simétrica con la forma valor de las relaciones sociales; el estado es puesto directamente (creciendo continuamente) por todos los ciudadanos como voto partidario; pero lo es en cuanto encarnación física del interés general en un apartamento de la casa social.

El estado subsume formalmente la nacionalidad (o sea los atributos nacionales de los ciudadanos) y con ella la cultura, el arte, el urbanismo, la ecología, el turismo. El Estado subsume formalmente la economía (o sea el capital) como base material de las condiciones de vida de todos.

No es un problema de deseos ni de opiniones: ni el gordo burgués ni el sudoroso proletario de la iconografía clásica son hoy los protagonistas de la historia. Antes de discutir sobre la validez de una cierta afirmación de Marx, o de sus ideas en general: de la colocación de los empleados en una cierta configuración de clases, o de la naturaleza transitoria o definitiva de la reducción de las diferencias de clase mismas, ni las contradicciones internas a la forma capital.

No es un problema de deseos ni de opiniones: ni el gordo burgués ni el sudoroso proletario de la iconografía

clásica son hoy los protagonistas de la historia. Antes de discutir sobre la validez de una cierta afirmación de Marx, o de sus ideas en general: de la colocación de los empleados en una cierta configuración de clases, o de la naturaleza transitoria o definitiva de la reducción de la clase obrera industrial (para no hablar de la validez de la teoría de las clases de la clase social).

El Estado subsume formalmente la nacionalidad (o sea

los atributos nacionales de los ciudadanos) y con ella la

cultura, el arte, el urbanismo, la ecología, el turismo. El

Estado subsume formalmente la economía (o sea el capi-

tal) como base material de las condiciones de vida de to-

dos, y con ello se arroga el derecho de fijar el valor de la moneda, la tasa de interés, la regulación de las inversiones, la planificación del desarrollo, y en determinadas circunstancias también los precios, los salarios y las ganancias. El estado, por fin subsume realmente el capital, en la forma de capital público: se fusionan así las dos grandes abstracciones, constituyendo un único sujeto frente a los ciudadanos-trabajadores. Por este camino el capitalismo se transforma en una paradoja o perversa; si en el capitalismo existe el antagonismo entre clase, una cuestión previa, ello era la premisa para una sociedad de explotación que fuera simultáneamente el capitalismo de hombre libre; con el capitalismo de Estado esta premisa viene a faltar. Por otra parte, la cuestión de las libertades democráticas pasa a inscribirse en la emancipación del trabajador, de manera tal que la realización de la segunda viene a depender de la primera, y viceversa.

En el ámbito de las ciencias sociales ocurre un fenómeno curioso: mientras los sociólogos y economistas latinos abandonan el marxismo, los historiadores anglosajones lo estudian con interés. Puede ser que ello se explique por lo que acabamos de decir: el pensamiento de Marx, en sus aspectos más visibles y por decir así, aplicables, se refiere más al pasado que al presente. La afirmación "la historia es la historia de la lucha de clases" podría ser reformulada así: la historia de la lucha de clases en el mundo antiguo y la mitad del siglo XX. El desarrollo del movimiento histórico en el cual se inscriben a los futuros historiadores. El socialismo (desde mucho antes que Marx) funda su propia identidad sobre la "razón social": es el único partido que debe saber, por lo menos lo que quiere conseguir, hacia donde quiere que la humanidad vaya, si es posible (este sería el aporte específico del marxismo) a partir del estudio

abstracta, el capital, con una existencia real y autónoma, organizada en un extenso cuerpo de funcionarios; b) ha perdido el monopolio del poder, en cuanto clase constituida por individuos físicos, por la democratización de las instituciones y por la creciente (y variables) identificación social y capital. Los capitales de industria fueron alejados del proceso productivo antes todavia que sus obreros.

En la segunda mitad del siglo XIX los socialistas inventaron el "partido de masas"; a partir de la clase obrera industrial, montados en el proceso de democratización, lucharon por quitar a la burguesía (organizada en el parlamento y en general en el estado) la hegemonía sobre los sectores intermedios de la lucha de clases: campesinos, artesanos, etc., y sobre las élites de un dramático, espectacular ciclo de luchas, con sus retrocesos, victorias y derrotas, insurecciones y campañas electorales, modificaron efectivamente la sociedad.

En algunos países mantuvieron la propiedad privada del capital, aunque enajenada en la legislación social y en la intervención permanente del Estado en la economía; en otros países dieron el monopolio de la propiedad privada del capital al estado, con consecuencias inesperadas para los sectores intermedios y para el mismo movimiento socialista. En todos lados quitaron a la lucha de clases su carácter históricamente determinante aunque sin abolir las diferencias de clase mismas, ni las contradicciones internas a la forma capital.

No es un problema de deseos ni de opiniones: ni el gordo burgués ni el sudoroso proletario de la iconografía

clásica son hoy los protagonistas de la historia. Antes de

discutir sobre la validez de una cierta afirmación de

Marx, o de sus ideas en general: de la colocación de los

empleados en una cierta configuración de clases, o de la

naturaleza transitoria o definitiva de la reducción de

la clase obrera industrial (para no hablar de la validez de

la teoría de las clases de la clase social).

Sobre América Latina Labini no menciona la bibliografía empleada; es posible inferir, sin embargo, que el nivel de actualización no supera el Alexis de Tocqueville usado para América del Norte. Asimismo la teoría del "feudalismo imperial" (o en el Nuevo Mundo) es una versión simplificada, sumariamente la clase dominante compuso "grupos de gran propietariato terriero"; sería interesante verlo analizar desde este punto de vista la dinámica de las clases en Brasil moderno, por ejemplo. La análisis de Labini tiene el mérito de distinguir radicalmente entre América Latina y Europa, y de establecer una diferencia entre la clase dominante y la clase media, entre la aristocracia y la burguesía, entre la profunda desigualdad que existió entre el capitalismo árabe, el África negra y los grandes Estados saharíacos, para no hablar de fenómenos recientes como el desarrollo del capitalismo en Corea, Taiwán y Filipinas, o la compleja evolución de la India. Es interesante verlo establecer que el excedente ampliamente los límites de un enfoque monográfico como el suyo, pero entonces habrá de hacerse punto masas modestas.

4. Sostengo que uno de los mayores impulsos impulsó durante este período la expansión de los Estados del sur del continente, y contrastar luego, en el gobierno, con una fase del ciclo que exige medidas en defensa de la ganancia, con el riesgo no se hace de reducir la ocupación y sufrir una masiva fuga de capitales. Puede moverse en terreno abierto, siendo manifestado en la moda (en un juego incansante de cambios de disfraces, sobre todo entre los jóvenes), en el modo de hablar y en la gestualidad, siendo estas últimas características las verdaderamente distintivas. En algunas ciudades se ha llegado al desarrollo de verdaderos dialectos o variantes barriales, como en Los Angeles o en Londres.

5. Habrá de tenerse en cuenta que este período

impuso que

la representación

de la clase social

en el mundo

de la burguesía

que no

se ha

de

la burguesía

que no

se ha

de

la burguesía

que no

se ha

de

la burguesía

que no

se ha

de

la burguesía

que no

se ha

de

la burguesía

que no

se ha

de

la burguesía

que no

se ha

de

la burguesía

que no

se ha

de

la burguesía

que no

se ha

de

la burguesía

que no

se ha

de

la burguesía

que no

se ha

de

la burguesía

que no

se ha

de

la burguesía

que no

se ha

de

la burguesía

que no

se ha

de

la burguesía

que no

se ha

de

la burguesía

que no

se ha

de

la burguesía

que no

se ha

de

la burguesía

que no

se ha

de

la burguesía

que no

se ha

de

la burguesía

que no

se ha

de

la burguesía

que no

se ha

de

la burguesía

que no

se ha

de

la burguesía

que no

se ha

de

la burguesía

que no

se ha

de

la burguesía

que no

se ha

de

la burguesía

que no

se ha

de

la burguesía

que no

se ha

de

la burguesía

que no

se ha

de

la burguesía

que no

se ha

de

la burguesía

que no

se ha

de

la burguesía

que no

se ha

de

la burguesía

que no

se ha

de

la burguesía

que no

se ha

de

la burguesía

que no

se ha

de

la burguesía

que no

se ha

de

la burguesía

que no

se ha

de

la burguesía

que no

se ha

de

la burguesía

que no

se ha

de

la burguesía

que no

se ha

de

la burguesía

que no

se ha

de

la burguesía

que no

se ha

de

la burguesía

que no

se ha

de

la burguesía

que no

se ha

de

la burguesía

que no

se ha

de

la burguesía

que no

se ha

de

la burguesía

que no

se ha

de

la burguesía

que no

se ha

de

la burguesía

A veinte años de la muerte del Che

La sed de absoluto

José Aricó

Cómo recuerdo ese funesto día de octubre? Con tristeza, con profunda tristeza y desasosiego. Ni siquiera indignación, poseído como estaba por la certeza de que se cumplía un hecho inevitable, una muerte anunciada. Los diarios lo atestigüaban y aunque el gesto instintivo de negar lo irreparable intentaba introducir alguna duda, sabía que era verdad, que no podía ser de otro modo. El Che sólo podía terminar sus días así, en algún lugar de América peleando hasta el final por lo que creía justo. Esa era la dirección que impuso a su vida y no podía aducir ninguna otra, quizás ser el símbolo de un espíritu que no debía conservarse y lo logró, porque no le estuvo permitido ser distinto.

Esto yo lo sabía, lo sabía desde el momento en que en una ardiente noche de julio de 1965 lo conocí en el Ministerio de Industrias y habló largas horas con él. Ya se había extinguido la guerrilla de Masetti y con ella la creencia en nosotros, —el pequeño grupo de intelectuales que animó en Córdoba la experiencia de Pasado y Presente— de que la guerrilla rural podía ser en el país una perspectiva de lucha víspera. No creo que ninguno de los argumentos que esa noche utilizó hicieran mellra en sus convicciones. Ni la situación del país, ni el carácter de sus formaciones políticas, ni el profundo distanciamiento entre la juventud radicalizada y un movimiento obrero que buscaba en el acuerdo con los militares golpistas una salida de fuerza que derribara el gobierno civil del presidente Illia, ni las lecciones a extraer de una guerra que desconocía hasta el extremo de lo farsesco la realidad de un país complejo, diferenciado, contradictorio, exige, era sietento el nuestro, nada de todo esto podía considerarlo a modificar una postura que no negaba la validez de los hechos para validarla. Para el Che, el fracaso del comandante Segundo —nombre de combate que adoptó Masetti tal vez para indicarnos que no era sino el Adelantado de él mismo— era simplemente una batalla perdida, pero tenía que haber otras para que las cosas pudieran prepararse en movimiento. Había que prepararse mejor para intentarlo de nuevo.

Confieso que no tuve valor para desmentirlo; mis objeciones no tenían fuerza alguna para correr la coraza de una postura que ponía en la balanza, frente a la rigidez de lo inerte, el peso vivo y deglumbrante de una voluntad revolucionaria a toda prueba. Desde ese momento supe que nada lo detendría y que seguiría en su camino hasta el final. Es cierto que yo no tenía nada que oponerle salvo la admisión de nuestra debilidad. No teníamos detrás ni una fuerza política con gravitación propia, ni un movimiento social que protegiera nuestra acción. De la derrota de la empresa de Masetti sólo quedaban despojos y había que recomenzar desde abajo una tarea que no podía reconquerir un final ni tener el signo que pretendía imponerse. Se comprenderá que no era ésta una alternativa que sedujera a un luchador posido por la sed de absoluto como era el Che.

Dese ese momento nuestros caminos se bifurcaron. Nuestro grupo siguió con emoción y simpatía su combate contra los molinos de viento: el cuestionamiento de las formas burocráticas

En ocasión del vigésimo aniversario de su muerte, *Rinascita*, semanario del Partido Comunista Italiano, pidió a dos de nuestros directores algunas breves y puntuales reflexiones sobre el Che en cuanto argentino y sobre la repercusión de su muerte en un grupo de intelectuales de izquierda. No obstante las características de las notas, creímos conveniente publicarlas como un homenaje al revolucionario caído, aunque expresan apreciaciones personales sobre algunos perfiles de una figura política y moral que reclama una visión más total. Es lo que intentaremos hacer en números sucesivos.



cas de gestión de la economía cubana, sus esfuerzos por dilatar los estímulos morales en una sociedad que daba muestras de agotamiento en su lucha contra el cerco, su combate contra el tratamiento poco solidario de los países socialistas con los pueblos del Tercer Mundo, la búsqueda frenética de la unidad americana para resistir las presiones del imperialismo, su renunciamento cubano, su recorrido por el mundo portando el verbo de la revolución. Leímos sus escritos y los difundimos porque reconocíamos en él una voz que

rechusaba plegarse al realismo político de quienes se someten a lo que ni siquiera pretenden cambiar. No creímos que su camino fuera el nuestro, pero las cosas por las que luchaba sí lo eran. No fue un maestro, fue un símbolo, un ejemplo moral en el que muchos nos reconocímos no importa cuál fuera el juicio que sus padres nos merecieran.

Su muerte significó la caída de algo más que una ilusión. En esos momentos la sentimos como el fin de una época. Con el Che se cerraba un capítulo de una

historia que no estábamos en condiciones

de pensar de qué modo habría de proseguir.

Después vinieron los años de las nuevas esperanzas, el mayo francés, las luchas obreras, la revolución cultural china,

el cordobazo, la violencia armada y el terror.

El terror de una dictadura militar que se propuso aniquilar sin piedad todo aquello que el ejemplo del Che contribuyó tal vez, como ningún otro a que madurara en el país. Su muerte nos lo preanunció sin que lográramos verlo. Nos dijo muchas cosas que debería habernos obligado a reflexionar más sobre el sentido, la naturaleza y los caminos de una efectiva lucha por la transformación social.

Pero no pudimos hacerlo, porque admitir el duro umbral de lo real era vivido por nosotros como una forma de traicionar su ejemplo. Preferimos cambiar la realidad por nuestros deseos. Fantasear con los ojos abiertos en lugar de asumir la responsabilidad cívica y moral que cargan sobre sus espaldas aquellos que insisten en pensar que lo que existe no puede ser verdad.

No creo que nuestras buenas intenciones justifiquen los errores que cometimos, pero ¡ay! del que pretenda salvar su alma impidiéndose a sí mismo actuar para no cometer yerros. Las verdades se modifican, dice Sartre, y lo único que importa es el camino que conduce a ellas, el trabajo que se hace sobre sí y con los otros para llegar a ellas. La lección que debemos extraer del Che no puede ser hoy la insistencia en el error, sino el valor de la corrección, de la incesante y permanente corrección. Las cosas por las que el combativo siguen en pie y reclaman seguidores, sigue siendo una tarea por la que nos sentimos obligados a luchar la búsqueda de una nueva forma de construir la vida asociada de los hombres. No hemos cambiado nuestras convicciones; pero no estaríamos a la altura de las demandas del presente si nos negáramos a admitir lo que la propia sociedad crea de nuevo y erosiona nuestras certezas.

Mientras escribo estas líneas acuden a mi memoria las palabras con las que un viejo revolucionario ruso, Herzen, trataba de explicarle a su amigo Bakunin las razones de sus diferencias: "Te lanzas hacia adelante como antes, con la pasión de la destrucción, derrumbando los obstáculos y respetando a la historia sólo en el porvenir. Yo no creo en los caminos revolucionarios de una época y me esfuerzo por comprender el paso humano en el pasado y en el presente, para saber cómo caminar junto a él, sin quedarme atrás ni correr hacia adelante, hacia un lugar donde los hombres no me seguirán, no pueden seguirme".

No fue poco el coraje y la independencia de criterio que necesitó Herzen para pronunciar estas palabras en un ambiente que le era adverso. Tampoco es fácil decirlas en el presente frente a una izquierda que se resiste a extraer las lecciones de los hechos y a un medio que se burla de nuestras convicciones. Pero a veinte años de la muerte de un hombre que fue nuestro, y que legó a un mundo incrédulo el sacrificio de una vida por ideales que siguen siendo los nuestros, cometíramos una grave falta a su memoria si no fuéramos capaces de hablar claro.